

popular-film



80/3

369



LOS ARTISTAS ASOCIADOS

presentarán en la próxima temporada a

RONALD COLMAN



en la magnífica y emocionante producción
de SAMUEL GOLDWYN

La máscara del otro

(The
masquerader)

con

Elissa Landi

y

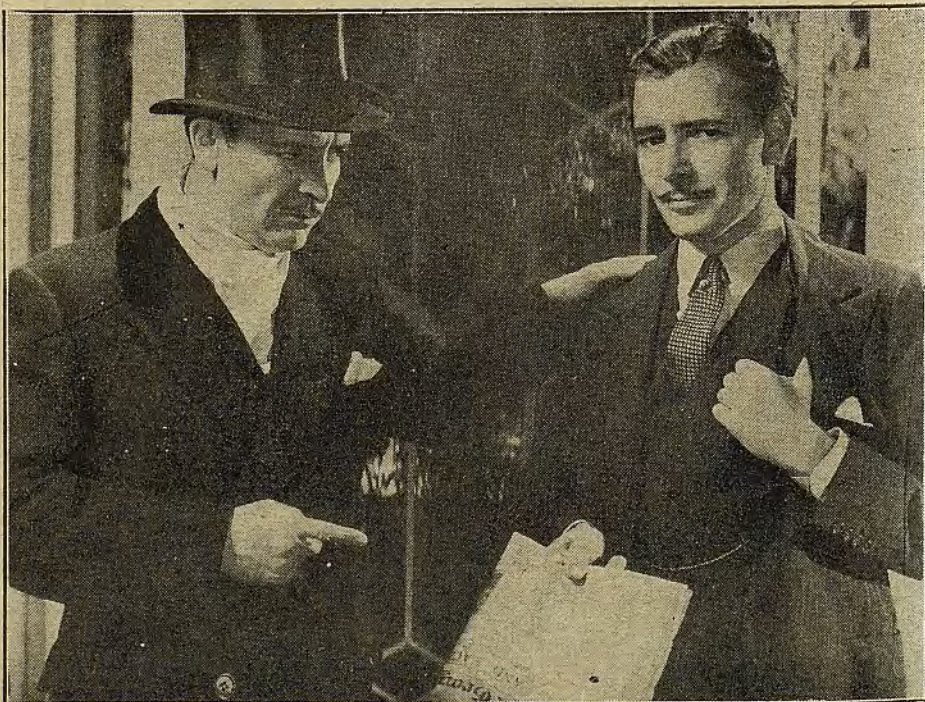
Juliette Compton

Dirección de

Richard Wallace

Un film en el que el gran astro de la pantalla, dando nueva muestra de su extraordinario talento, efectúa dos interpretaciones diferentes, exteriorizando dos tipos, dos individualidades opuestas.

La extraña aventura de un aristócrata inglés que, intoxicándose lentamente, cae cada vez más bajo y no vacila, para que le sustituya ante el mundo, en su propio hogar y en la Cámara de los Comunes, en hacerse reemplazar por un sosías, que el azar puso ante él una noche de niebla.



Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal
Director musical: Maestro G. Faura

7 DE SEPTIEMBRE DE 1933

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Aguas, n.º 5

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

LA COPA DEL REY DE THULE

PUES, señor, el rey de Thule arrojó su copa al mar, la copa que había heredado de su amada y que tenía en más estimación que el trono.

«... vió como el mar la sorbía,
y los párpados cerró.»

Dejaba de buen grado el anciano moribundo el reino entero a su hijo; pero la copa, donde se habían posado los labios de su amada, desaparecía en el mar para siempre.

El genio de Goethe, quiso, sin duda, en este breve poema «Der König in Thule», que empieza sencillamente al modo de las antiguas consejas:

«Es was ein König in Thule...
Érase un rey de Thule...»

digo que Goethe, en este breve y conmovedor poema, quiso advertir a sus paisanos y al mundo entero que, en amor, y en arte—copa de oro cincelada, regalo de la mujer querida—no debemos transigir con esa ley ciega de la herencia, tan propicia a profanaciones abominables de herederos violentos y sucesores ignaros.

Hay que arrojar la copa al fuego y al mar antes de verla menospreciada y profanada en un banquete de concupiscencias políticas, en el que manos zurdas la levantan llena de vino peleón o fascista para entonar un brindis de violencia.

El arte en Alemania tenía su copa de oro en la Ufa, cincelada primorosamente por los Nibelungos y digna de héroes como Sigfrido. ¿Por qué la han dejado ahí, vacía, es verdad, de esencias espirituales y vinos generosos para que en ella beban o abreen peleón nazista los secuaces de Hitler?

Hubiera sido mejor escuchar a Goethe y seguir el ejemplo de su rey de Thule. ¡Al mar, al mar la copa, con los microbios que se albergan ahora dentro de ella!

¡Y se empieza a hablar de nueva

producción alemana! Profanación se llama esta figura.

«Regreso de Alemania», dice un distribuidor. «Traigo películas interesantes.»

¿Interesantes en qué sentido? ¿Como índice patológico de un pueblo que padece la hiperestesia de unos miles de violentos guiados por un advenedizo, ex pintor de brocha gorda? ¿O interesantes como documento para el estudio de la decadencia del cinematógrafo en la patria de Murnau, Lubitsch y Lang?

Después de su célebre crucero por el Atlántico, salto de ida y temblor de vuelta, el general Balbo, el de la barba a lo Gayarre, ha publicado unas lecciones de energía. Canciones engoladas de tenorino deslumbrado ante las candilejas de un mundo deportista.

¡Lecciones de energía! ¡Qué poca cosa es el hombre para ello!

Misera lucecilla temblorosa en el huracán de la Naturaleza, la vida del hombre alcanza las cumbres de lo grotesco cuando se pone de puntillas y, titilante, con un hilo de voz en el estruendo de la tempestad, empieza a vocear energía.

Nuestras lecciones deben ser de humildad y concordia. Pero eso no lo entienden los gascones que militan a las órdenes de Mussolini. Se han contagiado de fanfarronería, y disputarían la copa del rey de Thule al propio Sigfrido el semidiós..., ¡ellos que son rastacueros, serían llegados a la Beocia del deporte político!

Lecciones así, de grotesca energía muscular, explicadas ante un auditorio enardecido capaz de apalea a Sócrates si viviera, es lo que puede es-

perarse de esas aglomeraciones de puños crispados. Pero Arte... Goethe ya lo sabía: hizo arrojar la copa al abismo insondable y frío, y luego puso una lágrima en los ojos del rey moribundo.

Lágrima que también habrá derramado el espíritu o dios del Arte en el rincón más oscuro de los estudios de la Ufa, donde se refugiaría para morir—para morir no, para esconderse apesadumbrado—ante la irrupción de los violentos adoradores de la Fuerza física, personificada por Thor, en el numen guerrero, jamás olvidado, de las tribus germánicas.

Ni arte ni verdadera energía pueden enseñarnos la Alemania de Adolfo ni la Italia de Benito. De allí vendrán ululantes canciones y rígidos saludos belicosos, ¿pero películas? ¿Buenas películas como aquellas inolvidables de la Ufa?

Jamás, hasta que Adolfo vuelva a sus brochas y Benito a sus palustres. Las argollas no han servido nunca para crear arte.

También Italia tuvo su producción cinematográfica antes de la gran guerra y de la plaga fascista. ¿Y qué ha pasado? ¿Dónde está hoy el cine italiano?

El «risorgimento», tan cacareado por el fascio en todos los órdenes de la vida social, ha apisonado la tierra sobre el cadáver del cine itálico. En once años de dictadura no ha podido crear un nuevo cine ni reanimar siquiera el que existía.

Y es que la violencia, entre otras muchas cosas, es por antonomasia la negación del Arte.

Ese es el porvenir del cine alemán. No atraviesa un período de reconstrucción; sufre los pródromos y la postración de una enfermedad peligrósima que no pasará hasta que pase Hitler.

ANTONIO GUZMÁN



LA MUJER MODERNA

II

En el pasado todo propendía a la preterición de la mujer en el reparto de las funciones sociales o sumergirla en un ambiente artificialmente formado por el hombre. Ahora vamos en camino de reformar la sociedad en términos que no sea obra exclusiva de los hombres ni de las mujeres, ni que en ella predomine abusivamente un sexo sobre el otro, con superioridad en una parte e inferioridad en la otra, sino que se funde en principios de parigualdad y armonía con la cordial cooperación de ambos sexos para el bien de todos.

Aunque el hombre creyó en pasados siglos que la mujer era inferior a él por decreto de la Providencia, no pasaba de ser aparente la tal inferioridad por el abuso de su fuerza puesta al servicio del egoísmo para retener como esclava a la que por voluntad de Dios y fuero de justicia debía tratar como compañera.

Ningún hombre de claro entendimiento negará que la mujer no ha tenido hasta ahora las mismas facilidades que el hombre para la armónica e integral educación de su ser. En realidad, la única escuela de la mujer ha sido el hogar, al paso que la del hombre fué además del hogar, la universidad o el taller y el trato del mundo. Las fuerzas que concurrieron a desenvolver al hombre, actualizando sus potencias latentes, han sido infinitamente variadas y múltiples, calculadas todas para dar por resultante al hombre entero, mientras que la mujer quedó siempre en situación pasiva y subalterna, sujeta a fuerzas unilaterales y mortecinas. Si las actividades del hombre hubiesen estado tan restrictas y limitadas como las de la mujer, seguramente que no alcanzara la talla física y mental de las eminencias masculinas.

Si las mismas fuerzas desenvolvedoras y educadoras, con la misma variedad de puntos de aplicación que actuaron en el hombre, hubiesen impelido a la mujer en pasados tiempos, nadie podría hoy hablar neciamente de su inferioridad, como algunos hablan, arguyendo que las hembras de las especies animales son inferiores en tamaño, aspecto, color y ornamento natural a los machos. La melena del león, la cresta del gallo, la cola del pavo real, los penachos de muchas aves son, a juicio de quienes sólo ven la materialidad de los seres creados, indicio manifiesto de la superioridad masculina.

No es extraño que en una civilización cuyas leyes y costumbres han sido obra de los hombres que en todo y por todo y para todo tomaron la iniciativa, despachándose a su gusto sin contar con más opinión que la de su sexo, sea la mujer en general algo deficiente en inventiva, ingeniosidad y talentos científicos, aunque el ejemplo de las señoras Curie, Besant y Blavatsky dan prueba de que no están la investigación científica ni las especulaciones filosóficas fuera del alcance de los cerebros femeninos.

No tenían antes las mujeres libertad para seguir su vocación ni emplearse en las profesiones más conformes con sus aptitudes. Se les negaba el derecho de escoger la modalidad de acción adecuada a sus naturales inclinaciones, y esta violenta supresión de la

individualidad no podía por menos de entorpecer el espíritu de originalidad e iniciativa.

La contrariación de las aspiraciones femeninas, obligando a multitud de jóvenes soberbiamente dotadas por la naturaleza a dedicarse a tareas opuestas a su congénita capacidad, atrofian sus talentos y facultades en términos de esterilizar cuanto pudieran

NO MAS CANAS

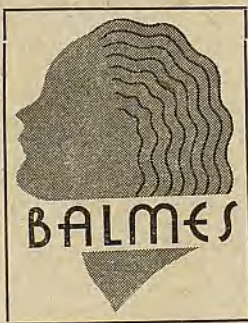
Receta inmejorable preparada en casa.

En un frasco de 350 grs. se echan 30 grs. de Agua de Colonia (3 cucharadas de las de sopa); 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café) el contenido de una cajita de «Orlex» y se termina de llenar el frasco con agua. Puede Vd. mismo llevar a cabo esta sencilla preparación en su casa con pocos gastos o encargarla a cualquier farmacéutico. Aplíquese la loción obtenida sobre el cabello dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. Obsérvese los cabellos canosos, descoloridos o blancos volviéndolos suaves y brillantes, «Orlex» no tñe el cuero cabelludo, no es tampoco grasiento ni pegajoso y persiste indefinidamente.

dar de sí, con desperdicio de valiosas energías humanas.

En tiempos de la esclavitud negrera, había mujeres de esta raza que poseían ciertas cualidades personales en igual grado que sus dueñas, y, sin embargo, no les era posible desplegarlas en la forzada labor de las plantaciones. No se les permitía aprender ni siquiera los más rudimentarios principios de la cultura humana, por lo que les faltaba ocasión oportuna de explayar su mentalidad. De la propia suerte estuvo durante siglos la mujer blanca, en apariencia libre y en realidad poco menos esclava que la negra.

PELUQUERIA PARA SEÑORAS



Especialidad en la permanente garantizada con o sin electricidad, efectuada con los aparatos más modernos.

Gran esmero en los demás servicios de belleza

MASAJE-MANICURA

Sírvase pedir hora
BALMES, 69, pral.

Precios limitados
Teléfono 77987

Pero cuando la campaña emprendida por Garrison y felizmente terminada por Lincoln, al decretar la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, dió la libertad civil a cuatro millones de seres humanos, tratados hasta entonces como bestias de labor, la emancipada mujer de raza negra demostró tan excelentes cualidades como la que había sido su dueña. Así también la mujer blanca, conforme se va manumitiendo de la servidumbre en que durante siglos la tuvo el hombre, negándole medios de educación, coartando su libertad y cohibiendo sus iniciativas, denota en las diversas esferas de la actividad humana las cualidades que distinguen a las notabilidades masculinas.

Si se hubiese invertido la posición social de los dos sexos, de modo que como en una dilatada isla de San Balandrán tuvieran las mujeres el predominio en todas las naciones, obligando a los hombres a seguir caminos de acción previamente trazados, como los animales de tiro empantallados por las ojeras, a buen seguro que fuera muy triste la suerte de ellos, pues habrían de verse débiles, subordinados, sujetos y dependientes del apoyo que quisiera prestarle la mujer. Nunca hubieran desenvuelto la fortaleza y virilidad, la energía física y mental en que hoy fundan la presuntuosa denominación de sexo fuerte, porque no hubieran podido cultivar persistentemente sus facultades, que a la postre arriesgaran quedarse atrofiadas.

Hace ya más de medio siglo que se abolió la esclavitud en los Estados Unidos, y hoy día manifiesta la raza negra un maravilloso adelanto en el desarrollo de las predominantes facultades que caracterizan al hombre de raza blanca. Sin embargo, los cincuenta años desde entonces transcurridos no son bastantes para ponerse al nivel de la raza blanca, que lleva en sí acumulados los efectos de muchos siglos de heredadas experiencias. Se necesita mucho tiempo para borrar las huellas de la esclavitud en que estuvo ahorrada la raza negra, y tampoco es posible invalidar en un instante los resultados de la semiesclavitud de la mujer blanca, que todavía no ha tenido amplias ocasiones de manifestarse en toda su pujanza.

Pero la perspectiva es brillante. La corriente se ha vuelto en favor de la mujer, y el hombre ha descubierto, por fin, que en la evolución de la raza actúa una omnipotente fuerza en dirección y sentido de la justicia y el derecho, y que por mucho que él se esfuerce en retener a las mujeres donde mejor puedan servir a sus egoístas propósitos, se van emancipando de la arbitraria sujeción y buscan y encuentran su realzamiento social tan decorosa y dignamente como el hombre, quien así aprende la penosa lección de que la esfera de la mujer está en donde sus naturales talentos e inclinaciones la colocan y no en donde los personales intereses y antojos masculinos quisieran colocarla.

Se han desvanecido en el pasado los antiguos prejuicios que señalaban el hogar doméstico por única esfera de la actuación femenina. Su natural campo de actividad es cada día más vasto y amplifica sus límites en proporción con el progreso de los tiempos y la mudanza de las condiciones sociales. Ya empezamos a darnos cuenta de que el talento no tiene sexo, como tampoco el espíritu ni la mente.

TRAS LA LENTE

EL PROBLEMA FEMENINO

CUANDO las primeras figuras del cine—aquellas figuras de visión tan dificultosa—, cuando este arte, grande e insospechado, hizo su aparición, fué un pasatiempo que las gentes visionaban con curiosidad. Su público, no estaba marcado. No había tendencias delineadas.

Tampoco hubo distingos en sus primeros años en que empezaron a formarse las futuras «escuelas cinematográficas» de las que invariablemente se habla al tratar del cine: primerizo: la italiana, cursi y sentimental, presidida por los lánguidos desmayos de la Bertini; la francesa, atrocemente folletinesca, verdadera antología de Ponson du Terrail; la alemana, sombría y compleja, hasta inexplicable para el espíritu latino. Y casi al mismo tiempo, la ingenua escuela americana que lanzó, en galope, por todas las pantallas del mundo, el tropel de caballos desbocados que jineteaban los sencillos y rudos hijos del Oeste. Fué éste, su gran acierto. Nos proporcionó el asombro de contemplar una conquista inédita para la lente—encerrada hasta entonces en un campo de mezquinas perspectivas—, ver el desfile inefable de cielo y llanuras que atraviesan en veloz carrera un grupo de centauros, a cuya cabeza va un hombre que luce prendida en el pecho una estrella de metal de cinco puntas. Justicia rural. Extraña justicia que calza espuelas y lleva sobre la cadera un revólver de ocho tiros.

El tacto financiero del yanki dió el grito de alarma al considerar en serio lo que hasta entonces fué desapercibido espectáculo. Se formaron poderosas compañías. Corrió el dinero. Y nombres, marcas, títulos, empezaron a adquirir fama al calor de los dólares.

Cuando fueron aclarados algo los cerrados horizontes de este arte que se abría paso, la masa pública, por uno de esos fenómenos de todas las épocas, empezó a barajar nombres colocándolos a diferentes alturas y aureolando los más altos con su favor que necesariamente había de ser también el de la casa productora.

Wallace Reid, Warren Kerrigan, Theda Bara.

Nombres. Mitos. Incisiones de individualismo controlado—y ésto es lo terrible—, por el capricho. Ese capricho que más adelante veríamos que sería hasta criminal porque consigue apartar todo interés y atención de lo que merece la pena de llamarlo por

noble y por grande para llevarlo por senderos de una trivialidad tan espantosa que en ellos la imbecilidad y la ignorancia campean como únicos señores.

Y un infausto día hizo su aparición una figura... Una faz pálida adornada de largas patillas que usaba un sonoro nombre italiano. Rodolfo Valentino. En el espejo del pelo, irreprochablemente peinado, del galán, desfi-

Un verdadero placer hallará Vd. al saborear sus comidas, si usa en ellas como bebida las incomparables Sales

Lifinicas Dalmau

laron como en una banda cinematográfica, centenares, miles, centenares de miles de cabezas femeninas que formaron pronto el público incondicional de este actor insignificante y amanerado, «gigoló» y lavador de platos de restaurante.

Fué entonces cuando empezó la formidable influencia de los públicos femeninos, rebeldes a toda educación cinematográfica y que no obedecen más voz que la del idolillo que preside todos sus actos: el capricho.

Fué tanta la espectación con que siguieron las actuaciones de su favorito, que no llegaron a enterarse—ni es probable que se enteren nunca—, que Robert Wiese había lanzado una obra maravillosa, a la que dió por título «El gabinete del doctor Caligari», no llegaron a sus oídos las enseñanzas sociales de «La calle sin alegría», nada supieron de la obra insospechada que comenzaba en Vidor y Joe May, ni de la poesía de Murnau, y tan grande debió ser la pena motivada por la muerte del ídolo, que en la obra inmortal de Fritz Lang, en la epopeya nórdica de «Los nibelungos», no vieron más que una vulgar cinta de aventuras.

La influencia de este gran sector de público—grande por su número—, no podía menos de dejarse sentir con gran quebranto del cine. Y así fué. Su innegable triunfo constituye al mismo tiempo la mayor derrota del buen sentido. Ejercen el control de taquilla, que es lo mismo que ejercer el de toda la producción mundial y asistimos amargados e impotentes a una victoria que permite que las mayores nulidades sean elevadas a la categoría de semidioses.

Esta gran verdad, que no admite controversia, se ha recrudecido desde el advenimiento del sonoro y es de tal actualidad que no merece la pena de reseñarlo. Como tampoco la complicidad de las casas productoras, empezando por el mercantilismo repugnante de los yanquis y terminando en la propaganda descarada de Hugenberg, bajo el signo de la Ufa.

Es triste, pero no cabe más que reconocerlo. Sólo en una proporción del dos o tres por ciento, admite el espectador femenino el cine por el cine. La decantada afición de la mujer por el cine consiste, en fin de cuentas, en pasar un rato entretenido, en sumirse en la contemplación de bellos rostros de efecos o en admirar lindos vestidos.

Y ésto, por lógica deducción, hay que tender a evitarlo. Aunque bien es verdad que sólo ella misma, la mujer, puede hacer el milagro; esto es, suprimir en su índice de diversiones el capítulo del cine para convertirlo de ahora en adelante en abastecedor inagotable de la inteligencia, exponente de una cultura y secuela de aprendizaje para lo porvenir. De ahora en adelante...

Borrar del historial del cine ciertas páginas. Porque...

Nosotros hemos visto a toda una madre, salirse despechada, durante la proyección de «Las peripecias de Skippi», la humanísima obra de Taurog, por considerarse estafada con aquella obra «de niños». Nosotros hemos oído catalogar el estudio social de Fritz Lang, «M», como una película «de monstruos». Hemos oído comentarios que denigran a quien los pronuncia por la actuación de Mae Clarke en «El puente de Waterloo», la obra incomparable de Whale. Tratar de perdida a Leontine Sagan. Y a quienes han aplaudido el cínico y desvergonzado «El est charmant», reírse de Dita Parlo y Daniela Parole en «Melodía del corazón» y «Amores de media noche», obras cumbres de Schwarz y Genina...

¡Llamar películas a «Su noche de bodas», «Ladrón de amor» o «El último varón sobre la tierra»; artistas a José Mojica, Roberto Rey o Maurice Chevalier, y cinema a las obras de David Howard o Adelqui Miller!

Se trata de evitar por todos los medios, que haya quien tenga a un Raúl Roulien—pongamos por ejemplo—, por su becerro de oro...

Por el propio prestigio... JOAQUÍN VEGA

Karloff y la «Universal»

«EL monstruo» volverá a pisar nuestras pantallas desde las grandes vías de nuestras urbes a las apartadas callejuelas de las más insignificantes aldeas.

Karloff, con razón aclamado como legítimo sucesor de Lon Chaney, hace dos años caracterizador del monstruo de «Frankenstein», ha firmado un importante contrato con la Universal, según dice Laemmle hijo, para reencarnar «La vuelta de Frankenstein».

El delineador grotesco y terrible de las tétricas escenas ha regresado hace un mes a Hollywood después de terminar su compromiso en Inglaterra para la pantalla europea; su primera labor en la escena americana será «La vuelta de Frankenstein». La edición será una secuela del memorable «Frankenstein», el hombre creado por la ciencia, la cual Tom Red se encargará de rehacer con más originalidad y sensacionalismo si cabe que la misma novela de Mary Schley de hace más de cien años. Colin Clive también volverá a representar Frankenstein, a cuyo efecto se halla de regreso de Inglaterra. Aún no se sabe si John Boles y Mae Clarke volverán, sin embargo, a desempeñar importantes papeles como en la conocida edición del «monstruo».

Tintura Marthand

De positivos y rápidos resultados



Tiñe las CANAS con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña, 4 ptas. - Caja grande, 6 ptas.

De venta en Perfumerías y Droguerías.

CALVOS

LOCIÓN BRETONA

(Marca registrada)

Con su empleo desaparece la caspa, obra como regeneradora del pelo y vuelve a brotar el cabello.

Precio del frasco: 7'25 Ptas.
(Timbre incluido)

De venta en

ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES, S. A.

¡Miles de pesetas en premios!

Casas que conceden premios para el Concurso del Rompecabezas Mickey Mouse

Artistas Asociados 500 Pesetas

Cine Actualidades, de Madrid 250 “

“ **Fantasio** 200 “

“ **Avenida** 150 “

“ **Arenas** 150 “

Empresa Delicias 150 “

Cinema Esplai 100 “

Cines Goya-Barcelona 75 “

Pathé-Baby, S. A. E.

Rambla Cataluña, 8 - BARCELONA

Un CINE PATHE BABY modelo G. 2. para proyectar películas de 10 y 20 metros con corriente de 110 a 120 voltios.

Cinematográfica Amateur (Balmes, 12)

Una máquina tomavistas.

Wertheim (Rápida S. A.)

Una máquina de coser miniatura.

Gonzalo Comella

4 lotes de 25 pesetas cada uno, géneros de punto, Medias Oro, etc., a elección del público.

Perfumería Columbia (Muntaner, 189)

100 pesetas en lápices labios Columbia.

Perfumería Milady

4 lotes de 25 pesetas cada uno de productos Milady.

Perfumería de lujo

4 lotes de 25 pesetas cada uno, de perfumes Bourjois.

Fotografía Masana

9 fotografías (3 de los 3 primeros premios y 6, una cada semana durante el concurso, tamaño página “Popular Film”).

Productos de Belleza Pro-Bel

4 lotes de 25 pesetas de perfumería.

Peluquería Balmes, para señoras

4 permanentes.

Perfumería Icarí

4 lotes “Productos Icarí”

Ediciones Bistagne

100 novelas de 1 peseta, a elegir.

Casas en donde pueden adquirirse las Hojas-Guías para participar en el Concurso del Rompecabezas “Mickey Mouse”.

ARTISTAS ASOCIADOS
ALICANTE, 17. VALENCIA

ARTISTAS ASOCIADOS
PALACIO, 16.—PALMA MALLORCA

ARTISTAS ASOCIADOS
FUENCARRAL, 141. MADRID

CINE ACTUALIDADES
MADRID

ARTISTAS ASOCIADOS
ALAMEDA URQUIJO, 7. BILBAO

CINE COLISEO ALBIA
BILBAO

ARTISTAS ASOCIADOS
ALCÁZARES, 35. SEVILLA

ARTISTAS ASOCIADOS
TORRIJO, 74. MÁLAGA

CINE DORÉ
ZARAGOZA

SALÓN MIRAMAR
SAN SEBASTIÁN

CENTRAL CINEMA
ALICANTE

EMILIO MIRALLES
PLAZA CATALUÑA, 11. LÉRIDA

QUEDAN DOS SEMANAS

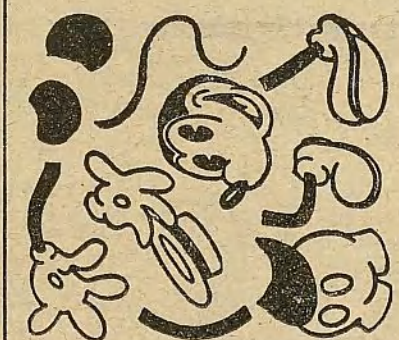
para entrar en el

CONCURSO DEL ROMPECABEZAS

MICKEY MOUSE

**¡Hay que
ganarse
un premio!**

RECORTE No. 21



Adquiera números
atrasados de

**"POPULAR
FILM"**

y podrá inventar
nuevas poses de
Mickey.

Bases del Concurso

1.ª Haga tantas combinaciones como le sea posible con los fragmentos de las veinticuatro figuras del ratón «Mickey» que serán publicadas, a razón de cuatro semanales, durante las seis semanas de este Concurso.

2.ª Recorte y pegue juntos estos fragmentos hasta formar con ellos figuras completas. Tome brazos, piernas, bustos, etcétera, y ajústelos armónicamente a los otros recortes. Los fragmentos publicados un día pueden ajustarse a los que se publiquen sucesivamente durante las seis semanas del Concurso, hasta obtener innumerables poses.

3.ª Pegue los fragmentos completando figuras a su albedrío en hojas de papel blanco, hasta llenarlas. Los envíos deben ser recibidos en la Redacción de POPULAR FILM, antes de medianoche, el 17 de septiembre de 1933, fecha en que quedará cerrado el Concurso.

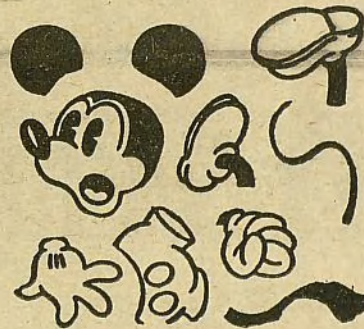
4.ª La persona que envíe el mayor número de variadas poses durante las seis semanas de este Concurso, será declarada vencedora, ganando el primer premio. La que le siga en número de poses, obtendrá el segundo premio, y así sucesivamente.

5.ª Escriba muy claramente su nombre y dirección con tinta, en la parte superior derecha de cada hoja de papel en la cual haya pegado las figuras de «Mickey» por usted ideadas.

6.ª En caso de existir empate, se dividirá el premio proporcionalmente entre los empatantes.

**¡No hace falta
más que goma,
papel y tijeras!**

RECORTE No. 22



Hay muchos que
aguardan a última
hora para tomar parte
en este grandioso
Concurso.

No deben aguardar
más, pues ya son
unos miles los que
han enviado
sus respuestas.

“La usurpadora” y su realizador

ENTRE los admiradores del cinema, como en los de todas las artes, encontramos siempre una gran cantidad de tontos infelices. Nosotros no llamamos infelices a los que se entusiasman con Mojica o Gardel, con «Bombas sobre Montecarlo» o «Dos corazones y un latido». Estos merecen otra calificación diferente. Calificación digna de ser tratada por Maraón como un caso patológico. Los infelices, entre los admiradores del cinema, son para nosotros esos cuatro pseudocineastas que hablan constantemente de René Clair y de Eisenstein, porque han logrado ponerse de moda; los que elogian a «Trata de blancas», del cobarde Manfred Noa, o a «Mercado de mujeres», del hipócrita Jaap Speyer, porque se anuncian como film sociales; los que llegan a decir que «Calles de la ciudad» es el mejor film de gangsters, cuando, siendo en realidad una buena película, está muy por bajo de «La ley del hampa» o «Scarface»; los que encuentran floja «La reina Kelly», empeñados en superar el cretinismo de R. M. G.; en fin, los que llegan a entusiasmarse con el fracasado Jean Choux de «Jean de la Lune», o el incalificable de «Un perro con pupila».

Para conocer a fondo el cinema, no basta con aprenderse los nombres de cuatro directores consagrados. Es necesario saber que existen otros realizadores que se llaman Stahl, Wellman, Stoloff, Wyler, Colliens... y desenmascarar para siempre a los valores decadentes, como Van Dyke, Dupont y Schward, desconocido cuando realizaba «Melodía del corazón», popular después de darnos con «Bombas sobre Montecarlo» el peor film de la temporada.

Es necesaria una labor intensa para atacar a todos estos falsos genios y para dar

a conocer a los realizadores anónimos. Labor ésta que sólo han emprendido algunos de los jóvenes valores cinematográficos españoles, y que yo, modestamente, me propongo continuar con algunos artículos.

En éste vamos a hablar de John Mc Stahl, realizador que en la actualidad representa a la humanidad en el cinema yanqui. Y que ha desdeñado los virtuosismos técnicos y de montaje para seguir una línea artística noble, auténtica y real.

Los films de mayor importancia—antiguos—de John Mc Stahl son «Amantes», interpretado por Ramón Novarro y Alice Terry, y «Sublime sacrificio», con Genovieve Tobin y Conrad Nagel. Films que no nos anunciaban a un realizador tan extraordinario como el que últimamente ha consagrado «El instinto del amor», «Semilla» y «La usurpadora».

«El instinto del amor» es, con «La calle», la resolución de uno de los problemas más difíciles que planteó el cine sonoro. King Vidor, con «La calle», hizo algo que sólo se puede elogiar diciendo que «nadie hubiera realizado tanto cine como el que él realizó frente a una sola pared de un solo set». John Mc Stahl—dentro de cuatro paredes—logra hacer cine; y esto ya es suficiente.

Leer POPULAR FILM es estar informado del movimiento cinematográfico en todo el mundo.

ciente elogio para el realizador que supo imprimir dinamismo, un dinamismo prodigioso, a una sencilla pieza teatral, y que con un tema sencillísimo supo hacer de «El instinto del amor» un gran film.

En «Semilla» y «La usurpadora», Stahl plantea problemas del hogar. El cinema ha plasmado ya muchos hogares: bien destruidos por las finanzas en «La calle sin alegría», o bien por la metralla en «Cuatro de infantería»; ya falsos y ridículamente hipócritas en «Vírgenes modernas», o ya el hogar auténtico, humildemente maravilloso de los Slim en «Y el mundo, marcha...», de King Vidor... Pues bien: John Mc Stahl ha realizado con «Semilla» y «La usurpadora», dos films tan sencillamente humanos como el de Vidor, en los que vive calladamente una mujer—madre o amante—atacada por el honor falso y los prejuicios de una sociedad podrida.

Lois Wilson e Irene Dunne han sido las intérpretes maravillosas de estos films, cuyo más significativo valor es el de su humanidad, el de demostrar que el cine yanqui sigue en la actualidad una ruta auténtica, aunque el cretino de R. M. G. diga en un artículo que en estos momentos es el cine europeo el mejor del mundo. ¡Ahora que está encanalecido por la opereta!

John Mc Stahl representa la humanidad del cinema americano. De esa humanidad que con sus antes citados films y con «Champ» y «La calle», de Vidor; «Soy un fugitivo» y «Dos segundos», de Le Roy, y «Mi amigo el rey», de Kaufman, ha quedado al descubierto ante todos los sectores sociales, menos para el que embrutecido por una religión o por unos prejuicios canallas y ridículos, se obstina en no ver en el cinema un fiel reflejo de la vida humana que con todas sus miserias debe plasmar cruda, viril, valerosamente...

PEDRO SÁNCHEZ DIANA

Madrid, 1933.



Vamos a darle un consejo, señora: Los celos traen muchos disgustos y los disgustos son lo que más envejece a una mujer. Vamos a darle también el remedio para no ser celosa. Los celos, generalmente, son a causa de que el marido o el novio fijan su atención en otra u otras mujeres que les parecen más bellas y más atractivas que usted..., y us-

ted, lejos de superarse, se desmerece poniendo mala cara, gruñendo y disgustándose..., volviéndose fea y envejeciendo así.

¡No!! ¡No!! ¡No!! ¡No!! Al contrario!!! Si usted se supera y es más bella y más atractiva que «la otra», su marido o su novio no se fijará más que en usted y todo y siempre será para usted.

Y se lo decimos a usted en secreto para que no lo sepa «la otra»: Será mucho más hermosa y seductora usted si usa los productos de Gran Belleza «RISLER», Crema de Día, Crema de Noche, Colorete en Crema y Polvos de Arroz «RISLER». Si su cutis es delicado o excesivamente seco, le recomendamos también el novísimo Producto «RISLER» llamado EMULSION DE GRAN BELLEZA «RISLER» para alternar con el uso de la Crema de Día «RISLER».

Verá usted como los productos «RISLER» sobre su tez, serán las cadenas amorosas que aprisionarán dulcemente a su marido o novio y le retendrán siempre, en pensamiento y en persona, a su lado.

Ensaye gratuitamente el tratamiento completo de gran belleza «RISLER». No gaste dinero en balde.

Pida muestras y una receta que le hará para usted sola el famoso doctor Kleitzmann. Indique edad, color y calidad del cutis, color del cabello, etc. Diríjase al concesionario para España, señor J. P. Casanovas, Sección 29, Ancha, 24, Barcelona. (Mande cincuenta céntimos en sellos para gastos de franqueo.)

Oiga nuestras emisiones por radio

Los martes 9'05 noche por Estación E. A. J. 1
Radio Barcelona, y
Los viernes 9 noche por Estación E. A. J. 15
Radio Asociación de Cataluña.

RISLER

The Risler Manufacturing Co.
New-York - París - London

“Risler”
Publicity
nº 845

MIMI JORDAN
Actriz de la Fox



DOS CÓMICOS
DE CINEMA

LAUREL Y HARDY

por
EUGENIO DE ZÁRRAGA

STAN LAUREL y Oliver Hardy son dos de los más populares actores cinematográficos. Laurel nació en Ulverton, Inglaterra, en 1895; Hardy nació en Atlanta, Estados Unidos, en 1892.

Al ir al estudio de Hal Roach para adquirir directa información para este artículo, estaba mal influenciado por lo que había leído y oído acerca de los dos simpáticos actores. Se ha dicho repetidamente que Laurel es el que siempre habla, mientras que Hardy siempre guarda silencio. Muchos periodistas se han limitado a entrevistar al primero, ha-

fuese, no había de decirme: «Yo no quiero hablar con usted; si quiere saber algo de mí, pregúnteselo a mi compañero».

Una de las cosas que más me interesaban de estos bufos de la pantalla, era conocer de sus propios labios qué influencia había causado en ellos la crítica situación a que cada uno había llegado en su hogar. La mujer de Laurel, Lois Nelson, estaba separada de él, manteniendo en su compañía a su hijita de seis años, Lois, y todo hacía prever un próximo divorcio. Hardy estaba también separado de su mujer, Myrtle Reeves, ex actriz de la

pideces del otro, que muestra sin cesar una cómica cara de idiota. Mientras se tomaba la escena estuve mirándolos sin cesar, y a cada momento que pasaba, me convencía más de que Hardy no podía ser tan inaccesible como se le suponía. Al acabar esa escena (la última que se tomó esta tarde) Hardy desapareció y yo me dirigí inmediatamente a Laurel.

—¿Cuándo empezó usted a trabajar para el cine?

—En 1917, para la Universal, pero no me interesó mucho y volví al teatro.



Stan Laurel y Oliver Hardy, posando especialmente para esta entrevista, con nuestro colaborador en Hollywood, Eugenio de Zárraga.

ciéndole a él cuantas preguntas creían conveniente, aun aquellas que directamente se referían a Hardy. Yo creía, en consecuencia, que Laurel tendría que ser también en mi entrevista el portavoz de ambos y, con tal idea, visité a Lew Maren, jefe de publicidad del estudio. El mismo Maren me aconsejó que hablase con Laurel...

Sin embargo, yo no veía razón alguna para que Laurel me hablase en nombre de los dos; más que nada, el respeto que debo a los lectores, me impedía permitirlo. No me cabía en la cabeza que Hardy se negase a una entrevista. Por tímido o altanero que

pantalla; y, según insistentes reportes de la prensa, su divorcio era inminente, mucho más acentuada la violenta situación entre ambos esposos con la demanda entablada contra Hardy por su cuñada, a la que se aseguraba que había dado una paliza por meterse a consejera de su hermana...

* * *

Estaban haciendo una de esas disparatadas comedias que tanto nos hacen reír, en las que Hardy aparece eternamente como el hombre listo, perjudicado siempre por las estu-

—¿Había trabajado antes durante mucho tiempo en el teatro?

—No recuerdo haber hecho otra cosa en toda mi vida. Mis padres eran actores, y yo creo que empecé antes de cumplir los siete años.

—¿Cuándo volvió usted a trabajar en el cine?

—Empecé a dedicarme a él por completo en 1925.

—¿Le gusta su trabajo?

—¡Me encanta!

—¿Es su trabajo la profesión que más le gusta?

—¡Absolutamente!

—¿Qué haría usted si no pudiese trabajar en el cine ni el teatro?

—Me encantaría trabajar en una tienda de libros y objetos de escritorio... Verá usted... No se ría de mí... Muchas veces voy a una de estas tiendas y me siento feliz revolviendo y manoseando lápices, plumas, libros, papeles... y cuanto encuentro a mano. Después, siempre compro algo..., cualquier cosa, me da lo mismo...

—¿Lee usted mucho?

—Apenas tengo tiempo. No asistí a Universidad alguna y fui a la escuela muy pocos años.

—¿Dónde aprendió usted todo lo que sabe, porque usted da la impresión de ser un hombre culto?

—Oyendo a los que saben... y no osando nunca a atreverme a competir con ellos. Ver, oír y callar es mi lema. Sólo hablo cuando me preguntan y cuando estoy muy convencido de que sé de lo que voy a hablar.

—¿Le gustaría trabajar en drama?

—Me gustaría, si sirviese para hacerlo, pero sé que no sirvo. Yo sólo soy un actor

cómico y estoy seguro de que fracasaría si quisiera cambiar de género.

—¿Dónde conoció usted a Hardy?

—Aquí, en este estudio. En cuanto nos vimos comprendimos que cada uno sería un buen complemento del otro... ¡y todavía seguimos creyéndolo!

—¿Qué países conoce usted?

—Inglaterra, Escocia, Francia y Estados Unidos.

—¿Qué idiomas habla usted?

—Inglés nada más. Conozco un poquito de español que aprendí hace tres años, en la temporada de cine español en Hollywood.

—¿Le gusta el español?

—¡Mucho! La mejor prueba de ello es que sigo estudiándolo, con la esperanza de aprenderlo bien algún día. Hardy y yo hicimos algunas películas en español, y no encontramos grandes dificultades para aprender lo que necesitamos para salir del paso.

—¿Trató usted a muchos de habla española durante esa temporada?

—Sí, señor; y, desde entonces, no puede

(Continúa en "Informaciones")



RUBIO PLATINADO Y DORADO

Extracto Manzanilla Tejero

Venta en Perfumerías

De no encontrarlo en su localidad solicítelo a

INSTITUTO DE BELLEZA TEJERO - Cortes, 613 - Barcelona

Stan
Laurel
y
Oliver
Hardy,
en
una
escena
de su
película
"Twice two"
("Dos
veces dos").



BELLEZAS ESPAÑOLAS



**CHARITO
LEONIS**



la ingenua de la producción nacional, en curso de filmación, "El canto del ruiseñor", es una auténtica belleza española.

La pantalla nos la va a revelar como una de las primeras figuras del cinema hispano, por su gentileza y por su fina sensibilidad artística.

Pepita Manero, que toma parte en el gran Concurso de Mickey Mouse.



Paquito Manero, otro niño concursante.



Muerte y resurrección... de una humanidad de cera



El incendio del famoso museo de figuras de cera que en Londres tenía Madame Tussaud, hace ya muchos años y que fué famoso por las bellas obras de arte que en él se encerraban y que el fuego destruyó por completo, convirtiéndolas en enorme pelotón informe de una masa gelatinosa y repugnante, ha inspirado a la Warner Bros First National para realizar en sus estudios la maravilla cinematográfica «Los crímenes del museo», fotografiada en ténico y realizada con un arte exquisito.

Igual que el Museo de cera londinense de Madame Tussaud, el museo de cera del film

queda envuelto en llamas y destruidas todas sus figuras, figuras modeladas por un gran artista que había puesto en aquella humanidad de cera, de la que él era el creador, todo su amor; amor un poco endiosado, un poco infantil, pero grande y sincero, tanto que al ver deshecho su trabajo de tantos años, al sentirse inútil para reproducir de nuevo sus caras figuras, siente apoderarse de su ánimo la locura y huye a Nueva York en busca de nuevos medios para reconstruir su «paraíso perdido».

En Nueva York, por medios oscuros y trágicos, llega a formar lentamente otro museo

parecido al que en Londres le arrebató el fuego. Aquel hombre se ha transfigurado; la obsesión de su idea no le deja reparar en medios, se lanza a la empresa con toda la furia de su fuerza satánica, y el museo se va formando, muy lentamente, pero con una maestría absoluta en el modelado, con una admirable perfección en los rostros. ¿Qué hace ese hombre, ese espectro, para conseguir modelar tan acertadamente los rostros desaparecidos bajo la tierra desde hace muchos años? Este es el misterio insondable que rodea la vida de ese brujo excepcional.

Grandes han sido las dificultades con que

se han encontrado los productores para llevar a la pantalla un film de tamaño responsabilidad. Se ha tenido que poner especial cuidado en modelar las figuras de los personajes históricos a fin de darles la mayor semejanza posible y, lo que ha sido todavía más difícil, ha sido preciso encontrar una artista que tuviera alguna semejanza con el personaje en cuestión y, sobre el rostro de ella, con una pasta especial, acabar de modelar las facciones deseadas, dándole el perfecto parecido.

Otro de los problemas difíciles de solucionar ha sido evitar que las figuras de cera sufrieran el influjo de la luz y del calor. Para la filmación de una cinta en tecnicolor es necesario que los potentes focos de luz sean de una fuerza aproximadamente cinco veces mayor que las de las películas corrientes y, después de diez o doce horas de trabajo expuestas al calor de tan potentes reflectores, las figuras de cera comenzaban a sentir el influjo del calor y entraban en el período de liquidación. Se tuvo que hacer una pasta especial en la que la cera entrase en pequeña cantidad y aún así, un día, después de ocho horas de trabajo continuo se tuvieron que apagar de pronto todas las luces para evitar que quedaran destruidas por los efectos del calor las figuras que se habían construido tan penosamente.

Más que los artistas de cera sufrieron los de carne mortal. El calor sentido por las primeras afectaba sólo a los modeladores que

veían la posibilidad de tener que hacer un esfuerzo supremo y modelarlas nuevamente en el caso de que quedaran inutilizadas; pero en los personajes de carne el calor les hacía sufrir físicamente, produciéndoles verdaderas torturas.

Mónica Bannister, una de las actrices que toman parte en el film, explica lo penoso del trabajo que se les impuso en esta cinta, en la que tenían que representar figuras de cera.

Se hizo cuanto se pudo para evitarnos molestias y se nos advirtió por anticipado de lo difícil de nuestra ejecución a fin de que aceptáramos o no el contrato de trabajo. Aceptamos con gusto porque sabíamos que «Los crímenes del museo» iba a ser una película excepcional, ya que antes de comenzar a filmarla, en todo Hollywood se hablaba de ella.

Primero se extendió por todo el rostro una gruesa capa de vaselina para preservar el cutis de los efectos de la cera, al mismo tiempo que con ello se conseguía que la cera quedara más firmemente modelada sobre el rostro. Y luego comenzaba la difícil tarea de extender la pasta caliente y de cincelar las facciones. Mientras el trabajo se realizaba se sentían las angustias de la muerte. Había que contener la respiración a fin de que todos los músculos permanecieran quietos; el calor sofocante de la pasta producía el efecto de grandes quemaduras que os carcomieran el rostro. Fué muy duro. Pero se hizo. Dos veces sentí que me faltaban las

fuerzas y creí que no podría seguir, pero me reanimaron con éter y con sales que los ayudantes aproximaban a mi nariz para que aspirase débilmente y recuperara ánimos. Cuando después de cuarenta y cinco minutos retiraron, perfectamente modelada, la mascarilla de mi rostro, me pareció que hacía muchos días que vivía bajo aquella presión angustiosa. Como yo han sufrido las demás. Todas hemos pasado horas angustiosas y terribles, pero todas estamos contentas de haber contribuido con nuestro valor a realizar un film de la talla de «Los crímenes del museo». Es un orgullo para nosotras y nos sentimos satisfechas con él.

Lionel Atwill, el gran actor que personifica el monstruo de «Los crímenes del museo», al extraño Ivan Igor, personaje maldito, espectro que atisba y que actúa en la sombra, el hombre que vió desaparecer en Londres la obra maestra salida de sus manos y que se encuentra con la inutilidad de su cuerpo, con la fealdad de su rostro, con la impotencia de todo su ser para reconstruir lo perdido, y que busca los medios más terribles para poder hacer otra vez revivir a sus caras figuras de cera, para verlas surgir de nuevo de la nada, para poderlas acariciar con sus ojos y sentir el sortilegio de su compañía, para ver renacer a aquella humanidad de cera que el fuego le destruyó, para hacer resucitar de sus propias cenizas a los personajes desaparecidos, y que dedica su loco afán a conseguir su intento.

Glenda Farrell es la periodista cuyo instinto, más que de repórter, de mujer, la lleva a descubrir el misterio que rodea al extraño propietario del Museo de Cera. Fay Wray, por su rara semejanza con María Antonieta, la figura modelada por Ivan Igor con más cuidado, con más cariño, la que más había atraído la atención en Londres de todos los historiadores y amantes de los tiempos viejos, es la que cae en manos del monstruo, que ve en ella medio de reproducir su amado personaje. Mónica Bannister encarna a Joan Gale, la actriz cuyo misterioso suicidio y más misteriosa desaparición del depósito de cadáveres, en donde aguardaba el turno para que se le practicara la autopsia a su cadáver, da lugar a que la periodista, siguiendo la pista de este cuerpo extrañamente robado, se ponga sobre la vía segura para encontrar en su guarida al monstruo espantoso que comete los más terribles desatinos sólo para conseguir un loco ideal.



Escenas de la película Warner Bros-First National «Los crímenes del Museo», de las que son principales intérpretes, Fay Wray, Lionel Atwill y Glenda Farrell.



Varias escenas
de la sugestiva pe-
lícula—producción Sa-
muel Goldwyn—

“Torero a la fuerza”

en la que aparece Eddie Can-
tor, acompañado de Lyda Ro-
berti y las Goldwyn “girls”.





"Miss Cataluña"
después de haber
sido operada de apendici-
tis en la Clínica del doctor Rabassa.

La se-
ñorita
Gaby Rigo-
berto ("Miss
Cataluña") es vi-
sitada por las bellas
artistas Antoineta Colomé
—a la derecha— y las hermanas
Ballesteros (Concha y Rosita), con las
que aquella trabajará en la película "¡Viva la vida!"

Evocación y recuerdo ante Florencia Belsy ^{por} Mateo Santos

Es maravillosa la facilidad con que se cambia de ambiente en un estudio cinematográfico. Basta recorrer unos metros para trasladarse del hall de un hotel moderno a una mísera cabaña plantada en plena campiña gallega y de ésta, avanzando sólo unos pasos, a un cafetín de barrios bajos madrileños.

En la Orphea Films hice yo este recorrido en unos segundos. Me detuve frente al cafetín cuyo cuarto muro lo formaban la cámara y el equipo técnico de la película «Sobre el cieno». En el interior unos tipos astrosos toman recuelo y tiritan de frío en plena noche agosteña. Fernando Roldán, junto a la cámara observa le escena. De pronto, la puerta del cafetín se abre y da paso a dos nuevas figuras: una pareja perdida en la noche negra y fría del invierno madrileño, que busca refugio momentáneo en el hosco y miserable cafetín. El lleva barba de varios días, lo que le da al rostro un tinte azulado; su traza es de bohemio de comienzos de siglo. Ella es una muchacha rubia, bella, fina, de aire desmayado. Tiene la cara marchita, rubricada por hondos ojeras. Lleva un pañolillo rojo al cuello. La pareja recuerda la bohemia y los versos de Carrère:

*¡Oh, pobre Risa Loca!,
pálida flor de histeria,
una noche unió un beso
de amor, nuestra miseria...*

El y ella—el bohemio y la ramera rubia—se han sentado a una mesa, en un ángulo del decorado. Sobre sus cabezas tronchadas hay suspendido un micrófono que recoge sus quejas.

Me quedo mirando a la muchacha pálida y ojerosa.

¿Cuándo la he conocido? ¿Y dónde? ¿Acaso una noche en Madrid y en un cafetín como este?

esta muchacha bella, rubia y triste, con su pañolillo rojo al cuello—cinta de guillotina—evoca en

de la muchacha. Y la reconozco. No en aquella de la noche lejana, sino en otra de un día claro

definida, falta de sazón y de personalidad. Se llamaba ella Erna Bécker. Ahora es más bonita, infinitamente más interesante y se llama Florencia Belsy.

Me había propuesto no descubrirla; ¿pero qué importa? Aquella pertenece al cine mudo y ha pasado ya. Su nombre antiguo, como su imagen de entonces, no es más que un leve rastro de luz en la pantalla y en el recuerdo. No la hemos olvidado, pero estamos a punto de olvidarla todos definitivamente.

Florencia Belsy, por el contrario, llega al cinema sonoro en la plenitud de su arte, deliciosamente femenina y cautivadora. Es una actriz y una mujer de nuestro tiempo que se revela en la pantalla con toda la fuerza de sugestión de su belleza ávida de sensaciones y de su temperamento artístico.

Es como si en esta noche gélida y gris de cafetín acabase de encenderse una estrella, que titilará luego con su luz nueva en la otra noche blanca de la pantalla hispana. Porque Florencia Belsy, que estrena un nombre, su segundo nombre en los carteles de cine y en los letreros radiantes que decoran las fachadas de los salones donde reinan las sombras cinematográficas, es la estrella desaparecida que vuelve a brillar más intensamente.

Florencia Belsy, silueta gentil, frente pensativa, sonrisa inteligente que comprende, olvida y perdona; con sus ojos verdes que escrutan serenamente los horizontes de la vida y los infinitos de la pasión, acaba de enterrar, para siempre, a Erna Bécker.

Por el lienzo de plata se dispone a pasar una gran actriz y una bella mujer: Florencia Belsy.



Florencia Belsy, la bella protagonista de «Sobre el cieno».

Pero no puede ser. Ella tendrá ahora veinte, veintidós años. Y esa noche de mi bohemia, que yo recuerdo ahora, está lejana ya. Y, sin embargo,

mí una pequeña historia de amor y de hambre.

Cuando termina de rodarse la escena, veo más de cerca el rostro marchito por el maquillaje

y luminoso, también en Madrid. Hace cuatro o cinco años. Tenía entonces unos bucles rubios, una expresión más ingenua y una belleza menos

Peggy Hopkins quiere un marido ideal

...y lo describe así:

¿CÓMO deseo que sea mi próximo esposo? A tal pregunta contesto diciendo que yo, como cualquiera otra mujer, aspiro a casarme con un hombre que resulte el marido ideal; o dicho de otro modo, con un hombre perfecto. Pero, ¡vaya usted a encontrarlo!

»Ya que no se encuentre, quedará siempre el consuelo de imaginarlo. Y empecemos por el físico: cabellos como Dick Powell, ojos como Brian Aherne, nariz como John Barrymore, sonrisa como Richard Arlen, hoyuelos en las mejillas como Clark Gable, mentón como John Boles, cuerpo como Gary Cooper y un cutis tostado por el sol como Joel McCrea.

»Habría de poseer, además, la viveza de ingenio de un Wilson Mizner, la voz con que conversa Roland Young y la que tiene cuan-

do canta Lawrence Tibbett. Uniría a la mundana indiferencia de un Clive Brook, los entusiasmos juveniles de un Cary Grant; al porte de un Leslie Howard el agrado de un Herbert Marshall.

»En cuanto a su personalidad, querría en ella el desenfado de Maurice Chevalier, la brusquedad de Jimmy Cagney, el gracejo de Jack Oakie y el sentido del amor que demuestra Fredrich March en «Reina el amor» («Tonight is ours»).

»Con lo anterior quedan enumerados los datos principales para poder imaginarse a mi hombre ideal. Ahora, si además de todo eso, fuera multimillonario, me casaría con él sin vacilar... aunque tuviera que retirarme del cine.

»¡Ah! Y tener a mi alrededor unos bellos bebés, fiel retrato del padre.»



PELUQUERIA DE ARTE
"MANON"
 INSTALACION PRINCEPSA
 ESPECIALIDAD EN EL RUBIO PLATINO "HOLLYWOOD"
 PERMANENTES ETC. PRECIOS CORRIENTES/
 INSTITUT DE BEAUTE "MANON"
 RAMBLA DE CATALUÑA 6 - BARCELONA



SEGUNDO CONCURSO "PRO-BEL"

Elecciones Cinematográficas

10 Grandes premios



Productos marca "Pro-Bel" que llevan Vale-Concurso:

Loción Depilatoria	- Loción desodorante
Loción Blanqueadora	- Loción Bronceadora
Leche purificadora	- Masaje radioactivo
Regenerador del cabello	- Aceite protector
Leche de Limón y Almendras	- Extracto de Manzanilla
Leche Nacarada de Rosas	- Shampú Maravilloso

Precio del frasco: 5 pesetas

Polvos de Arroz "Pro-Bel". Caja 2.50 ptas.

500 Ptas. de Premios en Metalico

BASES:

- 1.º Para tomar parte en este Concurso gratuito escriba usted en la papeleta de votación que aparece a la izquierda el nombre de sus 6 artistas de cine preferidos.
- 2.º Una vez hecho lo anterior, llene con letra clara el espacio destinado para su nombre y dirección y envíe esta hoja junto con un **Vale-Concurso** de los que se encuentran en todos los productos de perfumería de la renombrada marca **PRO-BEL** a Pro-Bel, S. A., calle París, 183, Barcelona. Si el producto que compre no lleva todavía **Vale-Concurso**, puede enviar en su lugar la etiqueta.
- 3.º Las hojas que no vayan acompañadas del **Vale-Concurso** o etiqueta **PRO-BEL** no serán válidas ni tendrán derecho a premio.
- 4.º El plazo de admisión termina el día 20 de Septiembre.
- 5.º Una vez cerrado el Concurso se procederá al escrutinio a fin de conocer los nombres de las 6 estrellas de cine que hayan obtenido el mayor número de votos.
- 6.º Entre los Sres. o Srtas. concursantes que hayan acertado los 6 nombres que obtengan mayoría de votos, se sortearán los siguientes premios en metálico:
1.º de Pts. 200 - 2.º de Pts. 100 - 3.º de Pts. 75
4.º de Pts. 50 - 5.º de Pts. 25 y 5 premios menores de Pts. 10 cada uno. Total 10 premios.
- 7.º Si ningún concursante hubiera acertado todos los nombres, los premios se repartirán por orden entre aquellos que hayan acertado el mayor número.
- 8.º El importe de los premios se enviará por giro postal o se entregará en nuestras oficinas el día 1.º de Octubre.
- 9.º El resultado de este Concurso, junto con los nombres de las personas premiadas se publicará en las siguientes revistas: "Films Selectos" del 21 de Octubre; "Popular Film" del 12 de Octubre y "Lecturas" del 1.º de Noviembre.
- 10.º No sostendremos correspondencia sobre este Concurso.

Si no encuentra en su localidad el producto **PRO-BEL** que usted desea, envíe su importe más 50 céntimos para gastos de envío a Pro-Bel, S. A., calle París, 183, Barcelona, y lo recibirá por correo certificado. **Todos los productos PRO-BEL han sido elaborados en un laboratorio moderno por uno de los fabricantes de Especialidades de Belleza más importante de España y representan lo mejor que se conoce hoy día en su clase.**



GRATIS Los Vales Concurso **PRO-BEL** son además canjeables por fotografías de estrellas del Cine, a razón de una fotografía tamaño postal por cada 4 puntos o una de tamaño 18 x 24 cms. por cada 8 puntos. Por 200 puntos se regala un precioso **Album Fotográfico** con espacio para coleccionar 60 postales o **2 marcos modernos** para colocar 2 fotografías del tamaño grande.

PRO-BEL, S. A., Calle París, 183, Barcelona

Señas del Concurante:

Nombre
Calle y Núm.
Población

ESTRENOS EN
LOS ÁNGELES

"EL CANTAR DE LOS CANTARES"

"EL CANTAR DE LOS CANTARES" es una de las mejores películas de Marlene Dietrich, tal vez la mejor. Apenas estrenada hace una semana en el Teatro Paramount, de Los Angeles, se calcula que ya la han visto, sólo en esta ciudad, más de cien mil personas.

Muy pocas objeciones se pueden hacer a esta película, dirigida por el inteligente Rouben Mamoulian, al que bastarían «Dr. Jekyll and Mr. Hyde» y «Love me Tonight» para ser considerado como uno de los primeros directores de Hollywood. La mayoría de tales objeciones probablemente pasarán desapercibidas a la mayor parte del público.

"El cantar de los cantares" ha ofrecido a Marlene la oportunidad de probar que es una excelente actriz...

En mi modesta opinión sólo hay una cosa completamente injustificada en esta película: el título. Que una muchacha lea con deleite «El cantar de los cantares», una de las partes más bellas y poéticas del Viejo Testamento, no es razón suficiente para que la historia de esta muchacha se llame así. Una gran parte del público, después de vista la película, sentirá el desconcierto de su nombre. Sin embargo, es tan hermoso ese nombre y es tan universal y dominante el tema que encierra, que muchos no le darán importancia al hecho de que no sea justificado en este caso.

En esta película Marlene es por completo distinta de la que hasta ahora conocíamos. Yo no sé si superior o inferior. Ahora Marlene se nos presenta más llena de vida, más alegre, más versátil. Se diría que su antiguo director, von Sternberg, se llevó a Alemania

el espíritu de la Marlene de «Marruecos» para enterrarlo, dejando aquí el cuerpo maravilloso de la artista, para que en él hiciera Mamoulian encarnar un espíritu nuevo.



Para la mayor parte de los críticos y el público la actriz alemana ha hecho en esta película el milagro de superarse a sí misma. A mí me ha causado la desagradable sorpresa de haber perdido su encanto de misterio.

El papel de Marlene en «El cantar de los cantares» es por completo diferente de los que hizo en «El ángel azul»; «Marruecos», «Deshonrada» y «El expreso de Shanghai». Marlene ha dejado de ser la mujer pública cuyo pasado todos ignoran, cuyo presente está

tejido de vergüenza e infamia y cuyo porvenir a nadie le interesa, porque de ella sólo se desea el placer de un momento de exaltada pasión. Hoy su vida se desarrolla de un modo sencillo, natural, sin misterios ni mixtificaciones de ningún género. Es una línea recta. Es la suya la vida de una humilde campesina, como la de las de cualquier país del mundo, que se entrega ciegamente a su primer amor, mejor dicho, a su primera ilusión, y, al desesperarse por la pérdida del que cree toda su vida, se casa con el primero que le ofrece consideración y fortuna, para darse cuenta más tarde de que al vender su cuerpo con las formalidades de un contrato matrimonial, no se ha vendido por completo,

Muchos fueron a ver «El cantar de los cantares» con la esperanza de contemplar de nuevo los muslos tentadores de Marlene...

porque el corazón y el alma no pueden venderse.

En resumen, «El cantar de los cantares» ha ofrecido a Marlene la oportunidad de probar que es una excelente actriz, por sí misma, por tem-

peramento, no porque las complicaciones de un argumento extraordinario le dé ocasión para ello... ¡y ella ha sabido muy bien aprovechar esta oportunidad!

Muchos fueron a ver «El cantar de los cantares» con la esperanza de contemplar de nuevo los muslos tentadores de Marlene, y sufrieron un desengaño. Por lo visto, para Mamoulian Marlene tiene otros encantos tan enloquecedores como sus muslos; por eso no nos los prodiga en esta película. Pero, en cambio, nos hace ver sus hombros, que quizá desde ahora se conviertan en los peores enemigos de esos muslos, ¡porque son maravillosos!

Lionel Atwill y Alison Skipworth forman

con Marlene un trío admirable. En realidad, de verdad no puede decirse que la acompañan en su actuación, sino que colaboran con ella definitivamente. Sin ellos dos la actuación de Marlene no desmerecería en un ápice, pero la película no valdría la mitad de lo que con ellos vale.

Por otro lado, nada se habría perdido si Brian Aherne no hubiese trabajado en esta película. Es muy inferior a todos ellos y su actuación no sirve para otra cosa que para poner más de relieve la de los otros tres. Esta lección debería bastarle a Marlene para nunca más intentar dar su opinión respecto a los galanes que han de figurar en sus obras. Si ella no se hubiera opuesto a ello, Frederic March habría ocupado el puesto de Aherne... y Frederic March, por lo menos, es un gran actor al que no puede echársele en cara ni una sola mala actuación.

Si sois amantes de las buenas películas, de aquellas en que la mano suprema de un director, echando mano de los recursos que le da un estudio de primer orden, aprovecha cuanto hay de aprovechable en un grupo de actores, sin permitir que el argumento sirva para lucimiento de uno sólo, con perjuicio de todos los demás, no dejéis de ver «El cantar de los cantares», la película en que Marlene Dietrich se ha cubierto los muslos, para mostrar los hombros soberanos.

Hollywood, agosto 1933.

E. DE Z.

Dorothea Wieck no quiere enseñar las piernas

DOROTHEA WIECK, la famosa estrella europea contratada por la Paramount, ha dado comienzo ya a su carrera cinematográfica ante las cámaras de Hollywood. El rasgo de la nueva luminaria que ha causado más comentarios, ha sido su amable, pero firmísima negativa a prestarse a aparecer retratada mostrando las piernas. Aunque se ha alegado que esta es la costumbre, a rendirse a la cual no se han negado otras actrices europeas, como la Dietrich, por ejemplo, todo ha sido inútil, y los cameramen han tenido que batirse en retirada.

En cuanto a sus primeras impresiones de los Estados Unidos, la señorita Wieck halla que en este país preparan los helados mu-

cho mejor que en Europa; que la música de los negros, especialmente la religiosa, es de las más hermosas que ha oído en el género popular; y que los pocos pieles rojas que ha visto le resultan una desilusión completa.



SILUETAS
DEL FILM

WYNNE GIBSON

UNA mentirijilla, como fué la de presentarse en una agencia teatral apenas salida del colegio y decir que era corista y tonadillera, le valió iniciarse en el teatro con un sueldo de 75 dólares semanales. Su padre, que no estaba por ver a Wynne en las tablas, fué a Atlantic City la noche del estreno y se la llevó a casita... Cuanto han cambiado las opiniones de mister Gibson lo denota el que no hace mucho fuera a los estudios de la Paramount a visitar a Wynne, que trabaja en ellos en la producción de B. P. Schulberg «Su custodio» («Her bodyguard»), con Edmund Lowe de primer galán... En un tiempo pensó en ser modelo, pero en el primer ensayo que hizo le resultó muy aburrido tener que estarse inmóvil mientras un buen señor la copiaba en el lienzo... Le faltaban sólo tres semanas para terminar sus estudios cuando la expulsaron del colegio por irse a las matinales en vez de asistir a clase... Su primer triunfo cinematográfico fué

en la versión inglesa de «La pura verdad» («Nothing but the truth»), filmada en los estudios de la Paramount en Nueva York... Juega «golf» casi a diario... Es la actriz a quien han besado menos en la pantalla, y la mujer menos amiga de los besos... Piensa enamorarse algún día, pero no mientras su carrera artística sea lo más importante para ella... Nació el 3 de julio... Pasó un año viajando por Europa antes de dedicarse al cine... Es muy ocurrente en su conversación y sabe hallarle el lado chistoso a todo...

BÁRBARA KENT

BÁRBARA Kent tiene 24 años. Es oriunda de Alberta (Canadá) y hace cuatro años que está dedicada al cine. Ganó un concurso de belleza y fué proclamada Miss Hollywood. Como consecuencia de ello, al poco tiempo la Universal le hizo una prueba que dió favorable resultado y pasó a formar parte del elenco de esta compañía,

Wynne Gibson, popular
actriz de la Paramount.

apareciendo en varias producciones de la misma.

Su primer papel de importancia lo obtuvo en «Welcome Danger», como oponente de Harold Lloyd. Fué nuevamente seleccionada por el astro cómico para interpretar junto a él «Ay, que me caigo!», lo que dice mucho en su favor, pues Harold tiene por sistema el emplear gente nueva en cada film que hace.

Entre estas dos películas, Bárbara fué cedida a la compañía que produjo «El demonio y la carne», de John Gilbert, lo que contribuyó mucho a llamar sobre ella la atención de los amigos del cinema. Su elección reciente para interpretar un importante papel en «Indiscreta», de Gloria Swanson, es significativa y permite augurar un brillante porvenir a la gentil artista.

MONROE OWSLEY

MONROE OWSLEY se incorporó a la compañía teatral de cartel Stuart Walker, al perder su empleo de crítico dramático en un diario de Filadelfia. Efectuó con aquélla una gira artística que duró toda la temporada, y fué después a parar a Nueva York.

De esto hace más de cuatro años. Actuó entonces como oponente de Helen Hayes en «Sangre Joven» y obtuvo un triunfo personal en otra obra teatral, «Holiday». Fué contratado para duplicar su actuación en la versión cinematográfica de la obra y con Ann Harding, después de lo cual decidió abandonar el teatro definitivamente para dedicarse a la pantalla. Fué una feliz idea la suya, pues ha sido un actor muy solicitado. Ultimamente, ha aparecido en el film de Gloria Swanson «Indiscreta».

LA ESCOCESA

COTILLERIA ORTOPEDICA

133 HOSPITAL 133

TELEFON 20433

BARCELONA



ESCOLIOSIS DORSAL

CORRECCIO AMB LA
COTILLA ESPECIAL
LA ESCOCESAL'ESTETICA DESPRES
DE LA CORRECCIO

MASANA

UN PROBLEMA Y SU SOLUCIÓN

Todo el mundo opina lo mismo: el cine se encuentra en franca decadencia.

¿Vamos ahora a buscar las causas de ello? No; han sido expuestas una y cien veces por personas solventes en la materia; no todos están de acuerdo en sus apreciaciones, claro es, difieren en bastantes casos. Pero son puntos que no nos atañen. Interesa solamente la necesidad de dar con la solución.

Se ha buscado fórmula tras fórmula para dar con ella. Se han empleado variedad de procedimientos y hasta la fecha todos han resultado absolutamente ineficaces. ¿Por qué? Clara y terminantemente lo ha significado un joven escritor en un reciente artículo.

La testarudez de los productores se estrella contra la lógica expuesta por un genio a través de las diversas épocas del cinematógrafo. He aquí su nombre: Charles Chaplin. Con qué énfasis se leen estas dos palabras por los auténticos aficionados!

He ahí un ejemplo resolutivo para los productores. Charlot no ha abandonado sus ingeniosidades primitivas en sus films, el carácter de los mismos, el factor que pudiéramos llamar psicológico. Ha hallado nuevos rasgos—como no—, ha avanzado en relación con el siglo. Pero los ha unido, los ha hecho compatibles, ha fundido lo viejo y lo nuevo y es algo admirable el resultado. Y su mayor mérito radica en su voluntad de hierro. Solo, caminando con paso firme, va dando el mentís a todos sus enemigos.

Un film suyo es el acontecimiento mayor de la temporada. Remueve a los viejos y a los jóvenes, todos le buscan y siempre encuentran lo que apatecían. Su película abre la esperanza en nuestros pechos. Ya sólo deseamos ver la próxima, que desgraciadamente tarda bastante, porque sabemos que nuestros ojos se deleitarán en una continuación de la anterior. El mismo cine, idéntico,

dosificado solamente con unas gotas del avance general; nos parecerá que no ha cambiado y sentiremos al unísono impresiones desconocidas.

Ese es el secreto del éxito.

Porque a mi entender no hay solución posible con ese cine que, equivocadamente, denominan algunos de vanguardia. Algo así, como diría un aficionado al arte de Cúchares, torero de salón. Insulso, poco emotivo, excesivamente espectacular...

Es un fracaso desde cualquier punto de vista. El director llega a cansarnos. Siempre habitaciones con sillas y mesas de vanguardia, decorados de ídem; canciones... de vanguardia también.

Tiene su pequeño trabajo. No obstante, es bien latente la demostración, aburren ya estos films a pesar de haber llegado a las pantallas comerciales hace escasamente dos temporadas.

Se necesita en el cine una base. La tiene. Han abandonado esa base y han buscado otra falsa. Y lo han destrozado.

¿Hay algo más grandioso que ver una película impregnada de hechos humanos? ¿Admirar algo que sabemos se puede vivir? ¿Solazarnos en la contemplación de imágenes...

NUESTRA PORTADA

En la portada de este número aparecen los notables artistas Ben Lyon y Claudette Colbert, en una escena del film Paramount, "A la sombra de los muelles".

En la contraportada publicamos una foto reciente de Tom Mix, el héroe del Oeste, agregado actualmente al elenco de la Universal.

nes realistas? Todo cuanto se haga en este sentido es útil. Y decir cine realista es hablar otra vez de Charlot. Parte siempre de la misma base, de la verdadera, y obtiene siempre los mismos resultados.

Lo más sensible es que esta desorientación se traduce en un mal general. No es sólo Norteamérica, sino Alemania, Francia, Inglaterra... y quién sabe si dentro de X años habrá perdido el cine ruso su fiera, su verdad, para convertirse en simple anuncio de veleidades amorosas.

No se comprende, vuelvo a repetir, la testarudez de los productores. Es algo irrisorio. Indudablemente que los primeros perjudicados son ellos, ya que se gastan sumas fabulosas sin resultados verdaderamente positivos en su favor. Ni para el público en el orden técnico y moral.

Se olvidan sin duda de aquellas temporadas en que por escaso dinero se recaudaban grandes sumas. La sencillez significaba el éxito tan ansiado; una sencillez adorable, placida, humana y útil.

¿Cuándo rectificarán? No sabemos. Cuanto más tardan más perjuicios para todos. El cine va perdiendo adeptos por día, que no se engrosan en las filas de los del teatro, porque sigue igualmente la ruta de la decadencia. De todos modos, aquellos que pertenecían a él, defraudados, vuelven su vista hacia atrás.

¿Habrá que repetir la solución? Inútilmente por supuesto. Dirijan la vista hacia Charlot, él no se desvía del camino trazado.

Veréis su primer film. El es un mudo, la película es sonora. Pero no importa, admiraréis una segunda edición de su anterior. Os asombrará con algo nuevo, subyugador, pero veréis el mismo cine. Siempre el mismo, el de hace diez o más años. Sin embargo, nos impresionará, porque hará al tiempo el efecto de algo terriblemente modernista.

Así es Chaplin. Veterano y renovador.

PEDRO ALVAREZ



ESTRENO
el sábado, día 9, en el
FANTASIO

de la deliciosa comedia

DÉJAME

PASAR LA NOCHE CONTIGO

por JENNY JUGO y HERMANN THINNIG



Ufilms

Ulargui Films
selecciones en exclusiva



EL FILM SONORO EN LA ENSEÑANZA

Los films para la infancia

Descendamos ahora algunos grados para examinar lo que se debe pedir al cinema sonoro destinado a la infancia. Es preciso que todo lo que se dirige a la juventud cultive su gusto naciente y desarrolle el ser espiritual; si no, vale más no producir nada.

Recuerdo haber visto proyectar hace ya varios años un film histórico, tipo de enseñanza, una cinta sobre Juana de Arco absolutamente ridícula, sucesión de cuadros vivos lamentablemente compuestos, con artistas mal caracterizados. Ahora bien, en el espíritu del pequeño francés, Juana de Arco es un símbolo que le hará soñar toda su juventud y que embellecerá con su imaginación ardiente; el cinema tiene el deber de embellecer los sueños del niño y de no desflorarlos ni disminuirlos.

He puesto este ejemplo para decir ahora en pocas palabras lo que el cinema sonoro educativo no debe ser; mientras no sea susceptible más que de un caso en la reproducción de sonidos no puede contribuir a nuestra educación musical; límitese a divertirnos y mientras esta música mecánica no sea perfecta no debe acompañar los films destinados a la juventud.

El film documental

No parece que sea posible enunciar reglas fijas en cuanto a las posibilidades del film sonoro en lo documental. Este aspecto es tan variado que afecta absolutamente a todo: religión, costumbres, industria, agricultura, deportes, historia, geografía, ciencias, enseñanza, etc. Según los casos, el sonido completa el film mudo, lo enriquece, crea un ambiente, alguna vez también no añade nada a la impresión visual y hasta puede serle perjudicial (particularmente cuando se trata de comentarios). Vamos a examinar la cuestión con algunos ejemplos concretos lo más variados posible.

Hay un cierto número de films de actualidades que pertenecen a la historia y constituirán documentos irrefutables y preciosos. Como el movimiento había ya completado la fotografía, el sonido ha enriquecido estos films mudos y nos gusta más oír hablar a los que ya no existen que ver solamente sus gestos en la pantalla; y la palabra que se reproduce a voluntad con sus inflexiones es una prueba irrecusable de lo que han dicho.

Si se observa un reportaje, escena de la vida religiosa, manifestación política, manifestación deportiva, se verá que los sonidos, los ruidos, las voces crean un ambiente que asocia más íntimamente al espectador a la pantalla y permiten por algunos instantes a aquel creer que participa en la acción que se desenvuelve ante sus ojos.

Hay casos en que la explicación sencilla mejora al film que acompaña, tanto si se trata de observar un fenómeno natural que la pantalla no llega a aislar como si se trata de una operación quirúrgica comentada por el cirujano que la ejecuta.

Hay muchas circunstancias en que el comentario corre el riesgo de ser inadecuado. Así, si volvemos a la actualidad, diremos que la actualidad comentada es un contrasentido, una torpeza que rompe el encanto del film porque las palabras se yuxtaponen a la acción en lugar de incorporarse a ella y porque diciéndose al alcance de todos no satisfacen a ninguno.

Lo mismo sucede con la mayor parte de los films pedagógicos; los ruidos no añaden gran cosa y las palabras introducidas después, sobre todo cuando se dirigen a jóvenes oyentes de diferentes edades, corren el riesgo de perjudicar al film mudo.

El film de enseñanza

Recientemente leía en un estudio sobre el cinema de enseñanza que ciertos films son inútiles y que a pesar de los esfuerzos y del

por O. BLEMMEC

(Conclusión)

talento de los que los conciben, no reemplazan nunca al profesor. El autor del artículo citaba como ejemplos un film para enseñar el alfabeto a los niños, y otro para iniciarlos en matemáticas. Se puede no ser completamente del parecer de este autor, particularmente sobre las matemáticas que pueden pedir al cinema que ayuden a los alumnos especialmente «a ver en el espacio», pero hay que reconocer que ciertos films son superfluos. ¿No es de temer que la palabra añadida al film mudo no sea con frecuencia inútil cuando no le sirve más que de comentario?

El cinema hablado de enseñanza plantea así la cuestión del maestro. Yo creo que no le suplirá nunca. El cinema mudo ayudaba al profesor a precisar su pensamiento, el cinema hablado apagará hasta cierto punto su iniciativa; la mecánica queda sola frente al niño a instruir; el maestro que cree no haber sido comprendido repite la proyección del film mudo acompañándolo de un nuevo comentario que considere más accesible; con el film hablado no podrá repetir las mismas frases con las mismas nebulosidades si las hay sin poder actuar en la comprensión de los alumnos. Si se añade que la voz del film, incluso perfecta como pronunciación, tiene un tono impersonal resultante de la ausencia parcial de timbre, que a pesar de todos los progresos no será nunca la voz del profesor que habla a sus oyentes con las inflexiones que le convienen, que la voz mecánica puede hacer reír a los niños porque la entonación les parecerá a veces inadecuada, se puede decir que si la enseñanza gana en cuanto al valor absoluto del documental, la lección perderá toda su vida; se volverá fría, mecanizará los espíritus en lugar de hacerles vivir y la enseñanza del profesor dejará de ser poco un don de sí mismo.

Hay casos en que la instrucción por el cinema sonoro se impondrá, como por ejemplo, en los cursos de materias especiales, en el estudio de las lenguas, en la enseñanza de ciertas ciencias, especialmente ciencias militares; así, en Inglaterra, se dan con el cinema hablado algunos cursos para oficiales de reserva, exentos de profesores.

No mecanizar las inteligencias

El cinema sonoro, reduciendo progresivamente la personalidad del maestro, corre el peligro de acabar en una enseñanza oficial dada a todos en la misma forma y que no será variada por el profesor. La frase «todos los alumnos de todos los institutos de Francia componen en este momento un tema de latín», que traducía la exageración de la unificación de los programas, corre el riesgo de convertirse en «todos los alumnos de todas las escuelas del país oyen en este momento las mismas palabras pronunciadas en la misma forma y que comentan las mismas imágenes» frase que completaremos en estos términos «que debe, salvo en algunos casos rebeldes, modelar los espíritus como lo quiere la enseñanza oficial que ha concebido y editado el film». ¿No es este un camino hacia la mecanización de las ideas y de las inteligencias?

El film de propaganda

Esta es la última parte de nuestro estudio que la consagramos al cinema como instrumento de propaganda.

Se dice con razón que la palabra en el cinema perjudicaría al internacionalismo de este último. Un film en una lengua desconocida del oyente contribuye a fastidiarlo y a hacer más profundo el abismo que separa las producciones de diferentes países. Algunas naciones no han vacilado en cerrar sus fron-

teras a los films hablados en lengua extranjera. La palabra en el cinema puede destruir parcialmente esta cualidad del nuevo arte de ser uno de los medios de aproximación de los pueblos.

No creo que haya, como se ha dicho, muchas personas que vayan a oír films extranjeros para perfeccionarse en una lengua que ignoran casi por completo; se va al cinema para reposar y para distraerse, no para fatigarse en descifrar enigmas.

Pero si un pueblo quiere utilizar el cinema para ayudarle a difundir ciertas ideas, si no vacila en producir films en lengua extranjera, estos últimos podrán ser excelentes viajeros que subyugarán al vecino que no sabrá resistir la invasión. Lo que antes hacían los libros y los folletos, el cinema lo realizará con su potencia de acción, con mayor seguridad y facilidad. El film difundirá las cualidades de los pueblos que sepan emplearlo.

En todos los países que hablan la misma lengua, el cinema es el mayor medio de propaganda.

Manejado hábilmente, el cinema puede, mejor que la escuela, mejor que la prensa y que la radio, crear espíritus al unísono, obligarles a pensar y a comprender los acontecimientos como lo desea el que ha concebido las imágenes habladas y esto sin que los individuos que sufren esta formación o esta deformación, como se quiera, se aperciban. Pues aunque este medio se ha utilizado poco hasta ahora, el cinema ha penetrado insensiblemente ya en nuestra existencia antes de imprimírnos ideas, nos obliga a pensar y a obrar cinematográficamente: ha contribuido a acentuar el mecanismo que impregna nuestra vida.

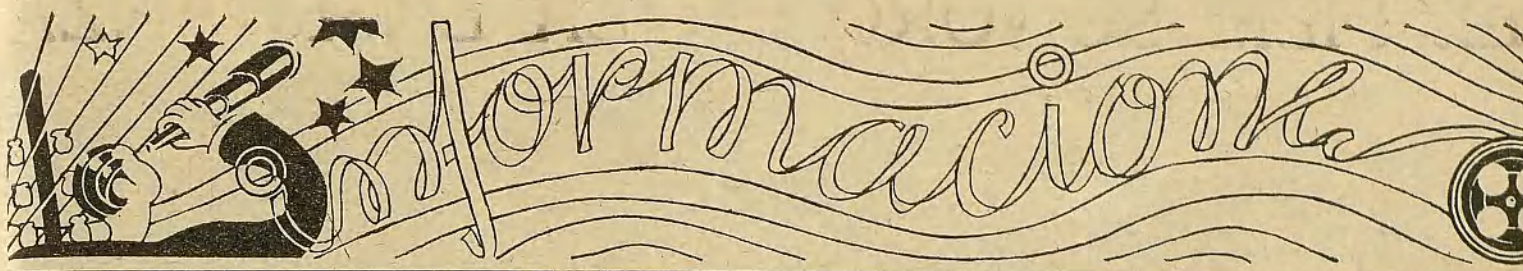
Si se quiere también que los espíritus queden libres, hay que usar este medio, como la escuela y la prensa, con circunspección y desinterés.

Utilizar el cinema no quiere decir dejarse dominar por él

Llegamos a la conclusión. En este artículo hemos mencionado varias veces nuestros temores en cuanto a la mecanización de nuestras costumbres y a la de nuestro espíritu.

Pero el cinema, venido a su hora, ¿no obedece él también a esta racionalización tiránica que debe conducir a la desaparición progresiva de lo espiritual? Añade su potencia a todas las que cada día trabajan en destruir un poco más las individualidades, en los pueblos y en la ciudad, en el campo y en la fábrica. Y el movimiento avanza irresistible, provocando tanto lentas evoluciones como revoluciones brutales, conquistando sucesivamente todas las naciones, conduciéndolas a un materialismo exagerado, hacia una vida monótona que concederá a los hombres una triste mediocridad de la que quedarán excluidos todo sentimiento artístico, toda alegría, toda satisfacción.

Hay que reaccionar antes que llegar a una desesperación que sería sin duda fatal a la humanidad; dominemos la mecánica para obligarla a mejorar nuestra existencia, pero procuremos y luchemos para no ser dominados por ella. El cinema tiene una gran misión que cumplir. «Que el cinema, dice Gaston Rageot, se eleve, elevará también a las masas y sólo podemos confiar en él para humanizar nuestras democracias». Su labor es mucho más pesada; no se trata de humanizar a los pueblos, sino hay que detenerles en la pendiente fatal por la que parecen inclinarse, sino alegremente, al menos con resignación. Es preciso que el cinema desintoxique los espíritus envenenados por la mecánica y les haga volver por el camino del ideal, exalte el genio particular de cada nación y haga revivir en cada uno de nosotros esta cualidad de hombre, esta personalidad de la que deberíamos estar orgullosos y celosos y que debemos estar resueltos a no dejar lastimar.



Laurel y Hardy

(Continuación de las páginas 2 y 3)

usted imaginarse que idea tan elevada tengo de ustedes.

—¿Le gustan los deportes?

—Me gustan, pero no los fomento mucho porque no soy bastante fuerte para ello. Sin embargo, soy un gran aficionado a la pesca y me dedico a ella con frecuencia en mis días libres. El pez más grande que cogí en mi vida fué un tiburón de trescientas libras, frente a las costas de la Isla Catalina.

—Dígame, Laurel, ¿cuál fué el momento más feliz de su vida?

Sonriendo con placidez, contestó:

—El momento más feliz de mi vida ha sido hoy... hace un rato...

En el rostro de Laurel brilló la felicidad, una felicidad sincera, radiante, que escapaba por los ojos y los labios del artista.

—He estado hablando con Lois, mi mujer, y me ha dicho que es para mí la misma de siempre... ¡El lunes volveremos a estar reunidos, para no separarnos más!

—¿Por qué se separaron ustedes?

A media voz, con acento humilde, como el que se resigna a hacer una penosa confesión, contestó:

—Lo único que puedo decirle es que toda la culpa fué mía, que he lamentado mil veces profundamente haber dado motivo para que mi mujer—¡la mejor mujer que existe!—se separase de mí... y que hoy soy feliz al saber que puedo volver a ella y voy a hacerlo.

—¿Cuál fué el momento más desgraciado de su vida?

—¡He tenido tantos!... Uno de los que más me afectaron fué el momento en que me di perfecta cuenta de que mi mujer tenía razón al separarse de mí.

—¿Cuál fué su última película?

—«El hermano del diablo» («The devil's brother»), que acaba de estrenarse en Los Angeles.

—¿Va usted al estreno de sus películas?

—De incógnito; y si alguna vez me entero de que se han dado cuenta de mi presencia, me voy del teatro antes de que enciendan la luz.

—¿Por qué?

—Llámelo timidez, si le place. Yo trabajo poniendo en mi trabajo mi alma entera, pero no me creo con derecho a la exhibición fuera de la pantalla. Cuando termino de hacer una película, muy agradecido al público porque con su demanda me dió ocasión para hacerla, considero que han terminado todos mis derechos... y me desvanezco.

Recorrí todo el estudio buscando a Hardy, todavía con un vago temor de fracasar en mi intento. Al pasar cerca de los camerinos oí una voz de tenor bien timbrada. Me acerqué al cuarto de donde salía la voz y vi a Hardy, a medio vestir, con la cara llena aún de cremas y pinturas del maquillaje, grueso, enorime, paseando de un lado al otro de la pequeña habitación, como un enorme oso enjaulado.

Entré en el cuarto, sin pedir permiso, y solté a boca de jarro:

—Quiero que hablemos, Hardy.

Dejó de cantar y me miró en silencio. Sin darle tiempo a que me contestase añadí:

—Acabo de hablar con Laurel, y mi entrevista con «el gordo y el flaco» sería incompleta sin hablar con usted.

El seguía mirándome, con una seriedad aterradora que me hizo creer que mis temores eran justificados. Yo continué:

—Se trata de una entrevista para Méjico y España, países en los que tiene usted muchos admiradores. Conque... ¿sí o no?

Con la mayor amabilidad, aunque sin abandonar un momento su seriedad imponente, contestó:

—¿Por qué no, señor?... Estoy dispuesto a hablar con usted de todo lo que quiera, y tenga cuidado con las preguntas que me hace, porque voy a contestar a todas ellas con la mayor sinceridad.

Después, en español, agregó:

—Síntese...

Me indicó con un ademán una silla y se sentó al lado. Otra vez en español me preguntó:

—¿Le gusta la cerveza?

—La cerveza, sí; el agua de malta, no.

Se levantó, trajo dos botellas y dos vasos, los llenó y, ofreciéndome uno, me preguntó, todavía en español:

—¿Es cerveza?

Poco después departamos amigablemente, como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Cuándo empezó usted a trabajar en el cine?

—En 1913.

—¿Está usted satisfecho de su asociación con Laurel?

—Satisfecho, es poco. Sin él hoy no sería yo ni la décima parte de lo que soy. Si algún día me separase de él, esa separación determinaría mi separación del cine.

—He oído decir que ustedes dos escriben sus comedias, y que los dos, especialmente Laurel, ayudan en la dirección de sus películas. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—¿Qué hay acerca de su divorcio?

PESTAÑAS GRANDES Y HERMOSAS

Lash-Brow-Ine

ÚNICA CREMA EN EL MUNDO QUE ESTIMULA EL CRECIMIENTO DE LAS PESTAÑAS (GARANTIZADA)



VENTA EN PERFUMERÍAS

Si no la halla en su localidad, envíe en sellos de correo ptas. 3,75 y se le enviará por correo certificado.

*

J. OLIVER - Corfés, 569 - Barcelona

—No creo que se lleve a efecto. Mi esposa es la única mujer que me interesa en la vida, la quiero mucho y ella dice que también me quiere. ¿Qué razón puede haber para que nos divorciemos?

—¿No está su caso en la corte?

—¿Y eso que importa?... Yo estoy seguro de que todo se arreglará. En efecto, esta noche vamos a comer juntos; acabamos de hablar por teléfono y hemos hecho esta cita para hablar de nuestra situación. A fin de cuentas todo se arreglará, estoy seguro.

(Pueden los lectores tener la satisfacción de saber que esta revista publica estas confesiones de los dos comediantes antes de que ni un sólo periódico norteamericano las publique, puesto que fueron hechas esta tarde y yo fui la única persona que habló de este asunto con Laurel y Hardy después que cada uno de ellos se había comunicado por teléfono con su esposa. Los periódicos continúan hablando del divorcio cada vez con mayor seguridad... ¿Quién tiene razón, la prensa o los propios interesados?)

—¿Y su cuñada?

—Mi cuñada... siempre será la hermana de mi mujer... Estoy seguro de que usted no cree que le pegué. ¡Eso no lo hace un caballero, y yo lo soy!

—¿Cuánto tiempo durará su contrato con Hal Roach?

—Hasta fines del año que viene, y, según él, aún tenemos que hacer dos películas largas y dos cortas de dos rollos.

—¿Piensan ustedes renovar su contrato?

—Por ahora, no. Creemos que en todo, en la vida, es necesario cambiar. No puede uno estacionarse, so pena de convertirse en algo rancio. Estamos seguros de que el público se cansaría de ver y oír siempre las mismas cosas, dichas del mismo modo y en el mismo ambiente.

—¿Qué piensan ustedes hacer a la terminación de este contrato?

—Vamos a hacer un recorrido artístico por todo el mundo, incluyendo todos los países de habla española. Esto nos tendrá ocupados por un par de años tal vez.

—¿Por qué se dedicó usted al cine?

—Porque me atrajo desde un principio. Yo me eduqué en las escuelas de Atlanta y luego hice la carrera de leyes en la Universidad de Georgia. Mis padres querían que fuese una eminencia del foro, y, ¡naturalmente!, se oponían a que me dedicase al cine. Pero a pesar de su oposición, lo hice... ¡Y aquí me tiene usted hoy!

—¿Conoce usted algún país español?

—He estado en Méjico, Panamá y Cuba.

—¿Le gustan nuestros países?

—Me gustan tanto, que mi ideal sería pasar mis últimos años en cualquiera de ellos. Me gustan mucho esos países y adoro a su gente.

—¿Formó usted esa opinión de los hispanos en la temporada de cine español?

—No le he dicho que he formado una opinión, sino que se trata de un juicio maduro. Esa temporada de cine español me afirmó más en mi juicio. Trabajaron con nosotros hombres y mujeres de todas las clases sociales... Pues bien, no conocí a una sola persona que no me hiciese afirmarme cada día más en mi idea de siempre.

—¿Qué deporte le gusta más?

—El «golf».

Efectivamente, Hardy es un excelente jugador; ha ganado más de treinta copas y fué

siempre el vencedor en todos los partidos de aficionados en que tomó parte. Por cierto que la misma mañana que hablé con él recibió un juego completo de bastones de «golf», regalo de un admirador, de Inglaterra.

—¿Continúa usted aprendiendo el español?
—Sí, señor. Y Laurel también. Queremos aprenderlo perfectamente antes de emprender la excursión de que le he hablado.

—¿Cuál fué el momento más feliz de su vida?
—¡He tenido muchos!... Uno de los más felices fué esta mañana, al hacer una cita con mi mujer para comer juntos.

—¿Cuál fué el más desgraciado?
—También he tenido muchos!... Pero la mayoría los he olvidado ya. Sin embargo, hay algo que nunca olvidaré, por más años que viva... Hace mucho tiempo, en Georgia, fui a bañarme al río con un hermano mío...

Al tirarse al agua, se rompió el cráneo contra una piedra. Lo saqué del río, sangrando, agonizante... ¡y murió en mis brazos! ¡Pobre! ¡No recuerdo un instante tan terrible como aquél!

—¿Reciben ustedes muchas cartas de admiradores?
—No sé si son admiradores; lo que sí puedo asegurar es que son amigos nuestros y que su amistad nos honra mucho... Hay una cosa que nos satisface en extremo de esa correspondencia: que la mayor parte de las cartas que recibimos son de padres de familia, sacerdotes, profesores... y en casi todas nos felicitan por la labor de moralidad que hacemos con nuestras películas. Tal vez sea ésta una de las grandes razones por las que nos empeñamos en conservarlas siempre limpias... Un cuarenta por ciento de esas cartas vienen de los países hispanos... Un dato curioso: aunque Méjico es uno de los países en que nuestras películas producen más dinero, ese es uno de los países de donde recibimos menos correspondencia.

—¿Contestan ustedes personalmente a esas cartas?
—Siempre. Y todos los retratos que enviamos los firmamos nosotros.

—¿Qué haría usted si no pudiera trabajar en el cine ni en el teatro?
—Probablemente me dedicaría a negocios de hotel. Yo desciendo de hoteleros.

—¿Qué clase de libros lee usted con preferencia?
—De historia. El género literario que más me gusta es el cuento. Prefiero las cosas en que se dice mucho en poco espacio.

Antes de despedirme de él, le pregunté:
—¿Por qué Laurel y usted sólo hacen películas de risa?

Pensó un rato la respuesta y, al fin, me respondió con la mayor naturalidad:
—Si ríe usted, todo el mundo le acompañará en su risa; pero si quiere usted llorar, tendrá que llorar solo...

Y trayendo otro par de botellas, con la misma seriedad de siempre, me preguntó en español con una voz que ya me parecía familiar:
—¿Otra botella de cerveza?

Hollywood, 1933.

ALTAVOZ

HABIENDO terminado de rodar en El Roncal los exteriores de la película «El canto del ruiseñor», han regresado de aquella villa navarra, el director Carlos San Martín, el notable tenor Pepe Romeu, la encantadora Charito Leonis y otros artistas que trabajan en dicho film.

Todos vienen muy agradecidos a las atenciones de que les han hecho objeto los roncaleses, especialmente Pepe Romeu, al que han festejado autoridades y pueblo para corresponder a su gesto cantando en la iglesia de El Roncal.

Lo mismo San Martín que Romeu hacen grandes elogios de las bellezas panorámicas que sirven de fondo a los exteriores de «El canto del ruiseñor», rodados en El Roncal.

Dentro de unos días comenzarán a tomarse los interiores de esta película en la «Orpheum Films».

El lunes, en el expreso, salió para Madrid la bella actriz María Ladrón de Guevara, protagonista de la película «Odio», cuyos interiores acaban de rodarse en la «Orpheum Films».

Deseamos a la exquisita y gentil actriz que su estancia en la capital de la República le sea muy grata.

También marchó a Madrid, después de terminar su trabajo en «Odio», el notable actor Pedro Larrañaga.

El día de Santa Rosa se obsequió con una cena íntima, en el simpático bar «Ale-Ale», a la monísima artista del cinema español, Rosita de Cabo.

Al acto concurrieron unos treinta comensales, entre periodistas y amigos, derrochándose el buen humor. Fué una fiesta de compañerismo que estuvo adornada por la belleza de la homenajeada y una docena más de preciosas muchachas que pusieron en el ambiente una nota de alegría.

Se encuentran en Barcelona nuestros queridos amigos, Antonio Valero de Bernabé, redactor de Prensa Gráfica, y Antonio Cabezo, de «Heraldo de Madrid».

Deseamos a estos distinguidos camaradas que les acompañe el éxito en sus gestiones y que les sea agradable la estancia en nuestra ciudad.

Ha dado una audición de canto en el estudio de la Radio Barcelona, la bellísima artista de cine, Raquel Rodrigo.

Después de la audición, muy interesante, fué obsequiada con champagne por el alto

personal de Radio Barcelona, así como los periodistas que tuvimos ocasión de admirar a la bonita artista oyéndola cantar en el estudio.

Se nos dice que dentro de unos días comenzarán a rodarse en Galicia los exteriores

TESOROS OCULTOS

El oro, la plata, billetes, yacimientos de petróleo, manantiales, minas y toda clase de valores enterrados, pueden ser localizados con aparatos modernos de radio, que exploran a través del agua, de la tierra, muros, madera, roca, etcétera. Su manejo es simple y pueden ser empleados en cualquier localidad. Pida informes gratis a: P. Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).



de «Alalá!», de la F.I.D.A., bajo la dirección de Adolf Trostz, el gran director de «Rasputin» y otras producciones alemanas.

Ha llegado a nuestra ciudad el excelente actor de cinema Alvarez Rubio, que posiblemente empezará pronto a trabajar en un film inspirado en una novela de Eduardo Zamacois, del que será protagonista.

Esplendores cortesanos

EN los alrededores de Versalles detiense suntuosos vehículos. Son portadores de lozanías primaveras femeniles, de exquisitas fragancias de juventud... Pastoras; así dicen los indumentos de estas sugestivas joyas humanas que descienden de los estuches de oro y seda de sus carrozas. ¿Son pastoras realmente, o engaña su externa apariencia? La finura de sus manos, sus distinguidas maneras señoriles, sus figuras gráciles, su andar de gracioso ritmo, de paso menudo y cadencioso, sean tal vez datos más dignos de crédito que sus vestidos. Y éstos mienten..., porque las que parecen zagalas de unos sueños arcádicos, son altas damas de la corte. María Antonieta,

la reina de Francia, recibe hoy a sus amistades en el Triánón...

Es una de las más encantadoras escenas de «El collar de la reina», la valiosa joya sonora en español, de Films Artística Barcelonesa, rica en espléndidas visiones de arte.

Se necesitan jóvenes con vis cómica

Las muchachas que, además de una cara bonita, tengan el don de hacer reír, están de plácemes. Phil L. Ryan, productor de los Estudios de la RKO-Pathé, que dará en breve comienzo a la filmación de una serie de películas de dos rollos para la Paramount, anda en busca de jóvenes que reúnan ambas condiciones y se muestra dispuesto a dar ocasión de que demuestren sus capacidades a cuantas crean poseerlas.

«Si exceptuamos a Thelma Todd, dice Ryan, no ha surgido en el cine durante los últimos cinco años ninguna actriz cómica que sea sobresaliente. Y el caso es que el cine necesita con urgencia jóvenes que posean esta clase de talento, muy diferente por cierto del de la actriz de género dramático.

»Aun cuando juzgo que el haber tenido tablas es circunstancia que militará a favor de la joven que piense dedicarse al cine cómico, no iré hasta decir que sea absolutamente indispensable. Todo el toque estará en que, además de ser bonita, agradable, sepa hacer reír al público.»

Al mismo tiempo que astro de la pantalla es armador y criador de cerdos

CHARLES Bickford, el pelirrojo actor que interpreta uno de los papeles principales de «Firme en su derecho» («Tre song of the Eagle»), aparte de la reputación profesional que le ha convertido en astro de la pantalla, disfruta de otra que, generalmente, sólo es conocida en Hollywood: la de ser un sagaz y afortunado hombre de negocios.

Entre las varias empresas que ocupan en la actualidad el tiempo que le dejan libre los estudios de la Paramount, figuran las siguientes: armador de un buque ballenero y de otro que se destina a la pesca de perlas; dueño de una tienda de ropa blanca, entre cuya clientela figuran no pocas artistas de Hollywood; ídem de un garaje situado frente a los estudios de la M.-G.-M. Tiene, además, una hacienda destinada a la cría de cerdos y otra a la de gallinas.

En «Firme en su derecho», producción de Charles R. Rogers para la Paramount, aparecen como intérpretes principales, además de Bickford, Richard Arlen, Mary Brian, Jean Hersholt, Louise Dresser, Andy Devine y George E. Stone. El director de la obra es Ralph Murphy.

talación para agua fría y caliente (incluyendo la tortura-motriz), con infantil alegría. Volvieron después a la gale-
ría y al detenerse Steve un momento, antes de entrar en
ella, Bill aprovechó la ocasión para murmurar al oído del
Profesor:

—¿Qué demonios se ha hecho de esos fingidos caniba-
les? Parece ser que he perdido mi apuesta.

—Están dentro la red—contestó el Profesor—, quien,
pensando que la naturaleza le había dado los ojos para mi-
rar, los utilizaba siempre con buen resultado.

—¿En la red?—preguntó Bill—. ¿Qué quiere usted decir
con esto?

El Profesor tocó a Bill con el codo y le señaló la trampa
grande, que daba patentes muestras de estar ocupada,
viéndose claramente desde donde se hallaban.

—Están dentro la red en forma de saco—repetía él
Profesor, muy divertido por el giro que tomaban los acon-
tecimientos.

Steve se les reunió, y Bill, con el mejor buen humor, le
dijo: «Chico, pareces un prestidigitador», y guiñó un ojo
al Profesor, que ahogó la risa dentro del pañuelo.

Steve les sirvió bebida, que tragaron rápidamente.
—Esperad, muchachos, que aún no habéis visto nada.

Venid conmigo, les contestó Steve, y les llevó hasta donde
tenía su aparato de radio.

Sábado les seguía con la mirada y una triste y desespe-
rada expresión ensombreció su rostro. Miró más allá de
la playa, y por primera vez pensó que su instintivo temor
a la vista de estos alegres blancos iba a tener confirmación.

—¿Qué iba a hacer, si su dios blanco la abandonaba?
¿Adónde podría ir, no pudiendo volver a su tribu? Tam-
poco estaría segura en la isla de Steve una vez éste se hu-
biese marchado. Se sentó y contempló el espacio con vaga
mirada.

Steve había conducido a Bill y al Profesor a la galería
superior, y después de conectar un alambre (único daño
causado por el coco arrojado por Gagi, que bastó, no obs-
tante, para hacer enmudecer el aparato en aquel crítico ins-
tante), y buscó una estación, con gran estupefacción de sus
camaradas, quienes se miraban con asombro, sin saber qué
decir.

—Caramba—exclamó Bill, sin aliento—, ¡eres un mago!
Steve aceptaba con modestia su admiración y sus felici-
taciones. Estaba un poco preocupado por Sábado; tan-
pronto como terminase de hacer los honores de la casa con-
taria a Bill y al Profesor la aventura de los canibales, y su
captura, pues ignoraba que sus camaradas los hubiesen
visto dentro la red. En tales pensamientos estaba ocupada
la imaginación de Steve mientras los tres escuchaban a un
locutor de la estación de San Francisco, cuando su voz fue
interrumpida por otras voces más cercanas que parecían
sostener una fuerte disputa. Reclamando algo, Steve aban-
donó sin ceremonias a sus compañeros y salió a la galería,
pues las voces parecían salir de debajo de ella. Una bella
mujer indígena, a quien Steve reconoció fácilmente como
la madre de Sábado, tenía solidamente agarrada del brazo
a la infortunada muchacha, mientras daba rienda suelta a
un torrente de indignadas palabras. Iba acompañada por
un fornido y joven indígena que tenía la misión de auxi-
liarla si era preciso. Observada la presencia de ambos por
el jefe de la tribu y sus guerreros, prisioneros dentro de la
red, les llamaron repetidamente a gritos, hasta que llama-
ron la atención del joven, quien dejando a Sábado y su
madre ensarzadas en su disputa, voló en auxilio de los cau-
tivos de Steve.

La madre de Sábado continuaba su arenga y su hija le
contestaba en un tono igualmente vivo. La primera tra-

rada tentativa, a pesar de lo cual no pudieron alcanzar a
los fugitivos.

Steve continuó corriendo por entre la maleza, hasta que
llegando a la linde de un bosquecillo, saltó en el aire y
gritó: «¡Eh!» Al oírle sus perseguidores, Viernes y sus
hombres por un lado, y el feo cacique con quien había
rehusado casarse Sábado, seguido de sus «canibales», por
otro lado, arreciaron en su persecución. Al fin, debido a la
dirección convergente en que corrían sin verse, las dos
bandas se entremezclaron confusamente, cosa que satisfizo
a Steve, pues ahora sólo tenía que vigilar un enemigo, y
unidos los indígenas, podía seguir más fácilmente sus mo-
vimientos.

Corriendo por un bosquecillo de plátanos, bastante dis-
tanciado de sus perseguidores, Steve tuvo la infantil ocu-
rrencia de arancar un racimo de fruto muy maduro y es-
parcirlo por el suelo. Al poco rato se volvió echándose a
reír al ver que los furiosos indígenas habían resbalado al
pisar los plátanos, y en su precipitación cayeron al suelo
en una pila. Viendo Steve ante sí el tronco inclinado de
un cocotero de poca altura, se encaramó por él y se metió
entre las ramas.

El vengativo Viernes, que no olvidaba las zambullidas
que Steve le dió, ni que lo hubiesen atado ignominiosa-
mente a un árbol para hacerle escuchar los terribles ruidos
producidos por la magia del hombre blanco, alentaba des-
esperadamente a sus hombres para que capturasen a su
perseguido. Otros indígenas lanzaban contra Steve sus
cortas lanzas. Las cosas se iban poniendo muy serias para
éste, que aprovechando un momento favorable dió un vi-
goroso salto hasta la copa de un árbol de palo de hierro,
desde el cual se deslizó al suelo y echó a correr para sal-
var la vida.

Steve, aunque había trazado un amplio círculo para evi-



...Steve libertó a Sábado, sacándole de su escondite del árbol...

No obstante, debía hacer algo; Sábado y él no podían echarse a dormir tranquilamente mientras este grupo de bribones estaba literalmente suspendido en el aire, frente a su ventana. Steve, por primera vez en su vida, se hallaba seriamente preocupado y más por Sábado que por él mismo. Pensó que quizá sería conveniente subir con ella a una de las lanchas que utilizaron los supuestos canibales para llegar a la isla, pero, siguió pensando, ¿adónde se dirigirían? Y pensó también en Bill y el Profesor, y en el yate.

Era raro, pero no había pensado más en ellos y, por cierto, que se iban ya retrasando. Debían haber llegado una semana atrás por lo menos. Su venida resolvería el problema. Tres hombres armados con fusiles, sin contar con la tripulación. ¡Cuánto deseaba que el *Intrépido* estuviese anclado cerca de la playa!; pero cualesquiera que fuesen sus reflexiones no por ello levantó la cabeza. Si lo hubiese hecho en aquel preciso momento, habría visto a Bill y el Profesor subiéndolo por la vereda que Steve había bautizado pomposamente con el nombre de Park Avenue, extrañados y confusos, por lo que veían, aunque era poco comparado con lo que les esperaba. Cuando llegaron al final del sendero leyeron estas palabras en un rótulo de madera: «Park Avenue y Calle 52», y Bill tuvo que frotarse los ojos para convencerse de que no soñaba, ante lo que veía detrás del rótulo. Se detuvo y cogió al Profesor del brazo.

—Válgame Dios—murmuró sonriente—, todo el confort de «Park Avenue». Su sonrisa fué substituída por una expresión de agradable sorpresa, al mirar hacia la morada de Steve. Sábado bajaba entonces la escalera, llevando una bandeja con una coctelera y dos copas.

—Y todos los placeres del Broadway—añadió Bill, volviendo la cabeza al oír aproximarse a Sábado. Steve vió a sus compañeros. Poniéndose bruscamente de pie, gritó: «¡Hola, Bill! ¡Hola, Profesor! ¡Cuánto me alegro de ver-

—Llegáis a tiempo de tomar un coctail a lo Robinson—les dijo Steve—. Hizo señal a Sábado de que les sirviese, cosa que hizo con destreza y gracia. Sin preocuparse por lo que pensaría de ellos, los amigos de Steve estaban intrigados por su presencia allí, al lado de éste. Levantaron sus copas en honor de ella sin quitarle los ojos de encima. Admiraron la casa, el panorama, y abrumaron a Steve con sus felicitaciones, pero por cada mirada que daban a lo que era evidente muestra de la industria y del ingenio de Steve, miraban a la muchacha un par de veces, pues cada vez comprendían menos como podía hallarse allí tan encantadora joven y el silencio de Steve sobre este punto les dejaba en extremo perplejos.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

—Grandísimo perillán—le dijo con afecto—y señalando a Sábado le preguntó:

—Bill sacudió amistosamente a Steve. Feliz.

Bill, a pesar de su apuesta, de su profecía y de su complot, no era el que estaba menos contento de volver a ver a Steve. Hasta el Profesor, menos impulsivo, sonreía.

—¿De dónde la has sacado?

—De la nada—respondió Steve, bromeando. Se volvió hacia Sábado que parecía muy poco inclinada a la hospitalidad, pues quizá presentita que esto podía ser para ella el principio del fin.

Steve la presentó a sus camaradas. Los visitantes la saludaron cordialmente, sin poder ocultar su curiosidad.

—¿De dónde la has sacado?

EL FILM EXCEPCIONAL
de este año



por las magníficas intérpretes de
MUCHACHAS DE UNIFORME



EXCLUSIVAS HUET



HUECOGRABADO
PARÍS, 134 - BARCELONA

popular-film p



Ayuntamiento de Madrid

30
cts